

NORTHERN LIGHTS

Ángel Valenzuela

 bismos
casa editorial

Narrativa

Northern Lights

Ángel Valenzuela

Primera edición, octubre del 2016

ISBN: 978-1539020639

Northern Lights

© Casa Editorial Abismos

© Ángel Valenzuela

Dirección editorial: Sidharta Ochoa

Diseño: D.G. Teresita de J. Ramírez O.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro.

Todos los derechos reservados.

 **bismos**
casa editorial
Narrativa

Índice

Uno	15
El agua resbalaba como lengua por tus axilas	23
Dos	29
Ver el sol por primera vez	37
Tres	45
Puro pinche prejuicio	53
Cuatro	59
Redención	65
Cinco	67
Lo inmoral	75
Seis	77
Ain't no Google Maps for this road	85
Siete	89
Kintsugi	97
Ocho	101
Luces del norte	107

Agradecimientos

Desde que llegué a la Ciudad de México, hace poco más de tres años, he contado con el apoyo de muchas personas. A riesgo de incurrir en omisiones, quiero agradecer a aquellos que de alguna manera hicieron posible esta novela: a Sidharta Ochoa, mi editora, por confiar en esta novelita liminal; Cecilia Magaña, que estuvo pendiente del proceso siempre con una palabra de aliento; Agustín Fest y Mario Heredia, su lectura y comentarios oportunos contribuyeron a mejorar notablemente esta novela; Alberto Fuguet, gracias por tantas charlas y regalarme el comentario que presenta esta edición; Claudia López-Meurinne, por su fe en las letras y su apoyo decidido a quien resuelve dedicarse a ellas. Agradezco sobre todo a quienes han estado conmigo en las situaciones más cabronas y que rara vez se llevan el crédito: María Palma, mi madre, mi montaña. Gracias por la confianza y motivación constante; Alejandro Díaz y Betzabeth López, por la bicicleta, el cine y rescatarme tantas veces del hambre; Abraham Jácome y Diana Novoa, ustedes me dieron asilo al llegar al monstruo,

fueron mi casa lejos de casa y enriquecen mi vida de formas insospechadas. El Breakfast Club de las Pinedo, mi gente de Juárez: son el oasis de mi desierto. You guys are foquin ósom. Esta novela es para ustedes.

Dos amigos de toda la vida, la mejor banda sonora en la radio, un viaje en auto desde Ciudad Juárez hasta Canadá, una despedida de soltero en extremo particular. Andrés y Demetrio deberán cruzar fronteras, pero no sólo las geográficas. ¿Cruzarán aquella que separa a un carnal de un amante? ¿Cuán amigos pueden ser dos amigos? Ángel Valenzuela se lanza a la literatura desnudo y lubricado; remixa el road story americano, el on-the-road de Kerouac y lo hace suyo. También lo hace norteño, erótico, macho y cachondo. Northern Lights es bilingüe, fronteriza, bisexual, gay, arriesgada, sincera, empática. Valenzuela se apodera de los mitos pop cinéfilos, musicales y literarios pero no se olvida nunca de la energía erótica que es el combustible que mueve este viaje que termina penetrándote y dejándote pasado a hombre, a literatura y a épica. Northern Lights es de esos viajes iniciáticos que no se olvidan. Tal como sucede en esta corta, magra, inspirada y romántica novela que destila testosterona y ternura, aquellos que cruzan la frontera en El Paso terminan siendo otros al

llegar a Canadá para ver la aurora boreal. Valenzuela se cuela en el auto y logra transformar al lector en un voyeurista privilegiado. Uno huele, uno escucha, uno se excita, uno entiende. Su prosa es liviana y ruda; dura y caliente; tierna y frontal a la vez. Rough and wild y sin más pretensiones que hacernos parte de ella. Valenzuela no se esconde; se abre entero y sabe de lo que escribe. No es el típico autor mexicano macho. No es de clóset, se desnuda de frente, no se recorta y no esconde lo que le gusta. Lleva el bromance al suspenso límitrofe. Esta es su gente, sus territorios, sus obsesiones. Este libro posee carne, posee huevos, tiene corazón. Es una novela de amor entre hombres y una historia del hoy, actual, que pulsa. Este el tipo de literatura mexicana que uno espera de un autor fronterizo del siglo 21.

Alberto Fuguet

*Call me morbid, call me pale
I've spent too long on your trail.
Far too long chasing your tail.*

The Smiths, Half A Person

*We are extraordinary people.
We must do extraordinary things.*

Jamie O'Neill, At Swim, Two Boys

Uno

Siempre es dulce la cerveza en el desierto. Adquiere un gusto más gratificante bajo el sol. Al menos así me lo parece: luego de un par de horas en la línea para cruzar la frontera y otro par conduciendo en el calor intenso de El Paso dentro de esa lata que es mi carro, cada trago me sabe a redención. Tomo la botella medio vacía y camino con ella hasta la ventana. La luz de la mañana inunda el salón de la vieja casa de sus padres en Sunset Heights y le imprime un tinte ámbar al ambiente. Demetrio está recostado sobre una chaise longue, la camiseta ligeramente levantada deja ver su vientre, el tímido nacimiento del vello que brilla como el color de la cerveza. Me llevo la botella a los labios y bebo hasta el fondo. Redención.

Son las once de la mañana. ¿No es muy temprano para destapar la primera?

En este momento, en algún lugar del mundo, ya son las seis de la tarde, le respondo. La gente está saliendo de la oficina para tomarse un tarro en algún pub.

Hemos estado toda la mañana entregando invitaciones para su boda. Pienso que una cerveza debería ser garantía en el manual de derechos y obligaciones del best man.

Pinche borracho. Sostiene esa media sonrisa durante unos segundos y entonces veo el brillo de una idea en sus ojos. Conozco bien esa mirada. Se me ocurre algo mejor, dice. Ven conmigo, y me señala con la cabeza el estudio de su padre, al otro lado del salón. Demetrio se levanta de un salto y yo, qué remedio, arrastro los pies detrás de él.

El estudio es lo que se espera de un profesor de Letras. Los muros están cubiertos con carteles de conferencias, la invitación para una lectura de poesía en The Percolator, un corcho donde hay varias notas de color y el talón desteñido de una entrada a un concierto de Pixies. Sobre el escritorio, algunas hojas sueltas que descansan sobre una laptop cerrada. Una taza del Community College con café de varios días y una fotografía de un Demetrio preadolescente en uniforme de fútbol, su expresión es una mueca que no alcanza a convertirse en sonrisa por temor a revelar los brackets. Detrás del escritorio, el librero abarca el ancho del muro y sube hasta el plafón.

Demetrio es alto. No hace falta que lo haga, sin embargo se pone de puntitas para alcanzar algo. Su lenguaje corporal recuerda al de un niño que busca el jarrón de las galletas. Ni siquiera tiene que estirar el brazo. Toma algo de la sección de poesía, entre «Las flores del mal» y «Poeta en Nueva York». Es una caja que simula un libro. Al abrirla, el estudio se llena de un suave olor a bosque.

Want some yesca, vato?

Siempre que su familia sale de viaje, Demetrio asalta la reserva de su padre. También, cuando fuma, le da por hablar como cholo. Vamos a quemarle las patas al diablo, ese. Pienso que si no lo hiciera, le costaría trabajo encender siquiera un gallo. Tiene que convertirse en otra persona, disociarse del efebo rubio y atlético de la foto sobre el escritorio de su padre como si se tratase de dos aspectos de su vida que no puede conciliar. No lo entiendo muy bien, después de todo, es a su padre a quien le roba la yerba.

¿De verdad nos vamos a fumar el clavo de tu papá?

El viejo no lo va a notar, responde. Entonces saca de la caja una ziploc con un par de bolas de marihuana y un pequeño paquete con sábanas de papel arroz. Tengo mis reservas. No quiero fumar porque a mí la mota me pone caliente, pero claro, eso no se lo digo a Demetrio. Él me guiña el ojo. Lo veo forjar. Me pasa el porro y yo, qué remedio, lo llevo a mis labios. Lo enciendo y aspiro.

Te das cuenta, cabrón, le digo haciendo un esfuerzo por no toser. Los pulmones llenos de humo.

Ahora es él quien aspira. Yo no puedo evitar dirigir la mirada a sus labios. Noto cómo los posa, ligeramente separados —la punta de la lengua apenas visible—, sobre ese trozo de papel húmedo que hace un instante tocó los míos.

¿Cuenta de qué?

Te vas a casar, pues. En verdad te vas a casar.

That's the plan.

Nos quedamos un minuto en silencio. O una hora, no sé. El primer jalón empieza a surtir efecto y yo muevo la cabeza de un lado a otro porque me divierte ver cómo todo se ralentiza. Se me ocurre que no es mala idea poner algo de música. Saco el celular y busco en la librería pero nada me convence. Dejo que el shuffle decida por mí. Suena una canción cuyo título ni intento recordar. M83 es una de esas bandas que me gustan un chingo y sin embargo nunca consigo recordar sus canciones. Su música me pone feliz y ya está. Supongo que eso basta. Muevo algunos papeles y me siento en la orilla del escritorio. Demetrio se extiende en la silla de su padre y echa la cabeza hacia atrás. Suspira.

Tengo la impresión de que estoy entrando a un hoyo negro, dice al fin. Quiero casarme, creo. Marina y yo lo hemos hablado desde un año antes de terminar la carrera. El asunto es que todo es tan vertiginoso. Me siento arrastrado hacia un hoyo negro y me preocupa no saber qué mierda hay al otro lado.

Trato de entenderlo, pero aún no me queda claro qué lo empujó a tomar la decisión de casarse. Estamos chavos. Además, seguro puede ligarse a alguien mucho mejor que la insulsa Marina. Quiero darle una palmada en la espalda, decirle no te preocupes tanto, hombre, ya verás cómo se va resolviendo todo, pero no. No le digo eso. Le doy otro jalón al gallo y sólo atino a decir:

Al otro lado no hay nada.

Es como una muerte anticipada, dice él.

Putra madre, qué optimista estás de casarte.

No, Andrés. Lo digo en serio, dice. Demetrio hace una pausa y luego una mueca. Escoge sus palabras. Lo veo lamerse los labios repetidamente. Los tiene secos. Pienso que este cabrón ya está pacheco.

Si lo piensas bien, la aventura se acaba aquí, dice al fin. La etapa de hacer planes espontáneos. Todo. Mi vida tal como la conozco está a punto de terminar.

No seas drástico. Imagina que es otro tipo de aventura, le digo, aunque mi argumento no me convence ni a mí.

Lo que sigue es establecerme, continúa Demetrio. Quizás luego tenga que dejar el departamento y buscar una casa. Hacer familia. No quiero ser mi papá.

Empiezo a entender por dónde va todo esto. Cuántas veces hemos sostenido esta conversación Demetrio y yo, cuántas le he compartido el terror que me da convertirme en una de esas personas que simplemente dejan que la vida les pase.

No tienes por qué convertirte en tu padre, le digo. Y esta vez trato de ser convincente porque quiero persuadirme de que tampoco será mi caso.

El cabrón invita a sus estudiantes a casa, compra la música que ellos escuchan porque es la única manera de rebelarse contra el orden que ha seguido su vida.

Música. El comentario de Demetrio me vuelve a hacer consciente de lo que suena en mi teléfono. Mejor desviar la atención del tema porque tiene todo el potencial de malviajarnos. Intento concentrarme en la música. He escuchado esta canción cientos de veces pero ahora es como si

la descubriera por primera vez. Encuentro sonidos que antes no había advertido. Puedo distinguir todas sus capas, hasta el instrumento más básico. Escucho los beats y los siento moverse. Puedo ver las ondas sonoras que se expanden y se alejan.

¿Oyes los colores de esa rola?, le pregunto. Cuando los sonidos se alejan, se mueven y brillan como luces de colores en el cielo. Güey, hay que hacer algo. Quiero ver algo majestuoso... Las cabezas de los Rapa Nui en la Isla de Pascua, viajar a Galápagos. Yo qué sé, una última gran experiencia antes de que se acabe mi vida.

¿Te das cuenta? Es como si estuviera todo oscuro, le digo. Una boca de lobo, el silencio. Entonces comienza la música y es luminoso.

El salar que está en Bolivia, ese que es como un espejo gigante. Suena, no sé... de colores. Como una aurora boreal.

O ver la aurora boreal, dice Demetrio. Toma el porro y le da otra calada antes de apagarlo contra la suela de su zapato. Guarda el resto en un paquete de chicles que lleva en el bolsillo de sus jeans. Hace un par de semanas era un tubo de chapstick vacío. Podrían pasar veinte años y jamás terminaría de conocer todos los sitios donde Demetrio esconde su mota. De pronto se levanta y vuelve a buscar entre los libros. Se detiene y regresa al escritorio. Abre la laptop y golpea atropelladamente las teclas. De la nada, vamos y venimos de una pestaña a otra en el navegador, saltando de Google a Google Maps.

Alaska, dice.

¿Quieres ir a Alaska? ¿Esa es tu última gran experiencia?

Demetrio decide ignorar mi pregunta. Está muy emocionado. Ahora está revisando un website que sugiere las mejores fechas para viajar y creo que está bajando una app a su iPhone que ofrece ratings de los mejores lugares para dormir, comer y tomar.

No es Alaska, responde al fin. Son las auroras boreales.

No mames, le digo, yo estaba hablando de la canción.

No me estás poniendo atención, dice Demetrio. Toma mi cara entre sus manos y ahora me habla a los ojos. Esto podría ser lo último que hagamos juntos, ¿te das cuenta? Tenemos un buen pretexto, güey. Me voy a casar. Digamos que el viaje es mi despedida de soltero. Eres mi best man, ¿te cae que vas a negármela?

Sonríó. Le pido un par de días para pensarlo pero sé que la decisión ya está tomada. Pinche manipulador.

El timing es perfecto, dice. Si tomamos la carretera en los próximos días, estaremos llegando a finales de septiembre. Es un buen mes para ver la aurora.

Demetrio cierra la laptop y me ve, sonriente. El niño destapó el jarrón de las galletas y yo no sé qué decirle. Él decide que nos vamos a Alaska a ver la aurora boreal y yo, qué remedio, arrastro los pies detrás de él. Veo el brillo en sus ojos y es como estarlas viendo ahora mismo, las luces del norte.

Tengo que ir al baño, le digo y salgo a prisa del estudio porque comienzo a sentirme acalorado. La pinche mota hizo lo suyo y tengo miedo de que la entrepiera me delate.

El agua resbalaba como lengua por tus axilas

tenía claro que yo no serviría para la danza, mucho menos la folklórica. Por otra parte, tampoco era algo que me interesara. Había dedicado demasiado tiempo a la fantasía de convertirme en actor, así que no lo pensé mucho cuando tuve que elegir una actividad extra curricular en la prepa. Así me anoté al taller de teatro.

La primera semana transcurrió sin sobresaltos. El profesor era Sarmiento, ¿te acuerdas? El mismo que enseñaba literatura. Había aceptado dar el taller porque su mujer estaba embarazada y necesitaba el ingreso extra, pero de tan mala gana que esos primeros días el cabrón sólo nos puso en equipos a leer y decidir cuál obra queríamos montar. Qué desencanto. Ni siquiera había esperanza de aprender algo de técnica actoral. Al resto de la clase le tenía sin cuidado el teatro, lo único que esos pendejos querían era conseguir el crédito con el menor esfuerzo posible.

Entonces llegaste tú. Te presentaste solo a la puerta del auditorio, traías una nota del director que le entregaste sin

decirle nada al profe. Lo recuerdo porque me sorprendió mucho. Extendiste el brazo con el papel, casi sin prestarle atención, y cuando Sarmiento te dijo Llegas una semana tarde, Lontano, nomás te encogiste de hombros y seguiste de largo hasta encontrarte con el primer equipo que estaba a tu paso. Mi equipo. Nos hicimos amigos casi de inmediato. Pasamos la clase completa haciendo chistes de Sarmiento. Yo creo que fue mi proclividad al sarcasmo lo que te atrajo de mí. Demetrio Lontano. Tenías catorce años y una masculinidad incipiente que se te escapaba de ese cuerpo inquieto ligeramente musculado. Yo tenía los quince cumplidos pero lucía mucho menor. Era un muchacho bajito y flaco que pasaba desapercibido, lo que por otro lado no llevaba tan mal, porque tampoco era objeto de las bromas pesadas de los compañeros de clase. Seguro te acuerdas, ¿verdad?

De cualquier modo, eso no sería así por mucho tiempo. Ser tu amigo me dio el acceso a la vida social que sueña todo adolescente durante el bachillerato. Primero llegaron las invitaciones a fiestas. Luego vinieron las miraditas en los pasillos, las notas de las chicas. Ocasionalmente nos saltábamos alguna clase y nos íbamos a tomar tecates al Chamizal. ¿A quién se le ocurrió, para no despertar sospechas, meter la cerveza en esos cilindros de colores que usan los deportistas para llevar agua? En una de esas escapadas, por insistencia tuya, terminamos jugando a la botellita. Tú no lo sabes porque mentí al respecto, pero esa tarde di mi primer beso. Daniela Antúnez. Le decían la chupacabras porque era

bastante dientona. Aunque yo creo que a veces podía verse bonita, siempre que no sonriera, lo cual hacía con demasiada frecuencia.

A ese beso le siguieron otros, con otras chicas. No recuerdo ni una sola película de aquellas salidas en pareja al cine. Pocas veces teníamos los ojos puestos en la pantalla. Fíjate que yo sí disfrutaba de ese contacto con las chicas, besarlas y tratar de meterles mano por debajo de la blusa. Era algo emocionante. Era un mocoso caliente y el faje se sentía bien, fuera el cuerpo que fuera. Sin embargo, lo que verdaderamente me hacía feliz —y esto aún no lo tenía tan claro— era estar contigo. Pinche Demetrio.

Fuera de nuestras ocasionales infracciones, en la escuela me iba bien. Mis notas bajaron pero no lo suficiente como para preocupar a mis padres. Además, creo que a mi papá le daba gusto que me juntara contigo, que saliera con chicas y llevara una vida normal, whatever that means. Creo que él se dio cuenta antes que yo pero le aterraba aceptar que su hijo le había salido joto. Ante sus ojos, tú eras un buen modelo a seguir, supongo. Qué ingenuo, güey. No se daba cuenta de que si yo te imitaba era porque estaba enamorado de ti: no quería ser como tú, quería ser uno contigo.

Al cuarto para las dos terminaban las clases. Eso nos daba diez minutos para llegar al auditorio, a cumplir con el requisito extra curricular. Bodas de Sangre, ¿te acuerdas? Los miembros del taller no conseguíamos llegar a un acuerdo y al final fue Sarmiento quien por sus huevos decidió cuál obra montaríamos. Daba igual, a mí siempre me gustó Lorca.

¿Por qué fue que llegaste a Teatro y no a Danza Folklórica, Demetrio? A ti tampoco te interesaba mucho que digamos. Seguro fue porque creíste que eso complacería a tu papá, que enseña Letras en el Community. En esa época, entre ensayos, nos contábamos nuestros daddy issues. Los dos buscábamos la aprobación del propio, aunque siempre te resentí porque, no mames, Demetrio, tu papá siempre ha estado orgulloso de ti. Te sentías incomprendido, claro. Pero no tenías un padre que se avergonzara de tener un hijo “sensible”. Cualquiera que haya sido la razón, qué bueno que te apuntaste a teatro. Más que las fiestas o las escapadas de la escuela, fue el teatro lo que me acercó más a ti.

Tú hacías el personaje de Leonardo. Puta madre, cómo olvidarlo. Te iba muy bien el antagónico. Te movías por el escenario, en ese auditorio sin ventilación que parecía el culo del diablo, y te levantabas la camisa para secarte el sudor de la frente. Tu abdomen quedaba al descubierto y las muchachas del taller, las muy zorras, se volvían locas. Yo no sabía entonces que era de puros celos pero qué coraje me daba.

Por eso me gustó tanto presentarnos en el Festival de la Ciudad. Actuamos en un teatro de verdad, con camerinos. Era el lugar en el que podíamos estar lejos de nuestras compañeras y tu atención se centraba en mí, aunque fuera para hablar de ellas.

Después de nuestra actuación, todos estábamos eufóricos. Hasta los más apáticos disfrutaron pararse en ese escenario, bajo los reflectores y recibir la atención del público. Sarmiento

nos dijo estar muy satisfecho y que no debíamos preocuparnos más por el crédito. Todos estábamos del otro lado. Corrimos a quitarnos el vestuario. No sé en qué momento se te ocurrió pero al pasar frente al camerino de las chicas, me jalaste del brazo y nos escondiste en el clóset. Shhh. Cállate, Andrés, dijiste. Vamos a ver tetas. Me habías tapado la boca para que me callara y creo que ahí mismo tuve una erección. No fueron las tetas sino tu mano en mi boca lo que me la puso dura.

Llegaron las chicas y comenzaron a desvestirse. Yo sólo recuerdo verlas en ropa interior pero tú aseguras haberle visto todo a Rebeca, que hacía el papel de la Novia. De cualquier modo, el placer nos duró poco —a ti, el de ver mujeres desnudas; a mí, el de estar encerrado contigo en el clóset— porque nos descubrieron cuando alguna de ellas abrió las puertas para guardar el vestuario. Indignadas, nos sacaron a golpes y llegamos hasta el camerino de los hombres entre aplausos, risas y gritos de júbilo de los otros chicos. Éramos los putos amos. También a mí me daban palmadas en el hombro. Tengo que confesarlo, me sentía muy bien de ser aceptado por los otros hombres. Sentía una gran satisfacción de que ninguno pusiera en duda mi masculinidad. Que nadie me supiera marica.

Uno a uno, los chicos comenzaron a salir del camerino. Tú quisiste darte antes un baño. Me chilla la ardilla, dijiste mientras te quitabas la ropa. La camisa primero. Alzaste lentamente los brazos y la tela se fue deslizando poco a poco sobre tu piel, dejando al descubierto tu pecho. Me sentí aturdido. Descubrí

que tus axilas ostentaban una abundante mata del color del trigo. La sangre me hirvió por todo el cuerpo. Era la primera vez que te veía desnudo.

Andrés, se te paró la verga. Reíste. Yo también me quedé bien caliente, dijiste. Encendiste la regadera, mediste la temperatura y al fin te bajaste los calzoncillos. Tu miembro se alzó como un mástil. Qué orgulloso y gallardo me parecía. Un ejemplar digno de admiración. Entraste en la ducha y no dijiste nada más. Cerraste los ojos y comenzaste a frotarte frente a mí, seguramente pensando en las tetas de Rebeca. Yo estaba allí, impactado, admirando ese cuerpo que hasta entonces suponía tan desprovisto de vello como el mío. Fue toda una revelación descubrir el agua corriendo por tu piel, resbalando como lengua por tus axilas, tomaba impulso en tu pecho y se detenía un instante en tu ombligo para luego escurrir hasta el pubis. No podía quitarte los ojos de encima, de esa mata de vello en tus axilas, imaginando que era mi lengua la que como un torrente encontraba refugio en esa cueva húmeda. Allí, bajo el chorro de agua fría, me masturbé con un vigor desconocido, observándote hacer lo propio, Demetrio. Y tuve el primer orgasmo de mi vida.

Dos

Andrés Bravo, dice el migra, ¿cuál es el motivo de tu viaje a América? Así dice, "América". Quiero explicarle que América no es los Estados Unidos pero sé que es mejor no fastidiarlo porque me manda a la chingada y entonces sí, olvídate del viaje. Nunca he entendido por qué los chicanos nos tratan peor que los gringos. Le sonrío.

En realidad voy a Canadá, oficial. Por los Estados Unidos —y hago énfasis en los Estados Unidos— sólo voy de paso. No le digo que el plan es entrar de vuelta al país por Alaska. Pinche Andrés, no tientes a la suerte. El migra me hace algunas preguntas más, hace una revisión rápida del carro y me devuelve la visa y el permiso de tránsito.

Que tenga un buen viaje, dice.

Le doy las gracias y avanzo. Por el retrovisor veo cómo agita la mano derecha a un motociclista en señal de avance. Tantos años de entrenamiento, debe ser una chingadera estar escaneando documentos todo el día. Y ellos sienten que están salvando al mundo. Qué pinche hueva. Seguro por eso son tan ojetes, los culeros.

El freeway está despejado y tardo apenas diez minutos en llegar al departamento de Demetrio, en Sunland Park. Él ya me espera afuera, con la cajuela de su Chevy Nova abierta. Me estaciono y bajo una maleta pequeña. Mi equipaje es mínimo. Eso sí, llevo en mi mochila un cuaderno de notas y la Polaroid. Un viaje memorable debe, a toda costa, ser documentado.

Qué puntual, Flaco. Sube tus cosas, ahora salimos.

Demetrio entra al departamento y vuelve con una botella de Shiner Bock que divide en dos vasos. Nomás esta, dice, porque vamos a manejar. Entonces alza su vaso.

Por el viaje de nuestras vidas.

Por la vida que comienzas, le digo. Chocamos los vasos.

Pinche Andrés, responde y da un trago largo a su cerveza.

Bebemos con calma. Creo que esta es una de las pocas cervezas gringas que se pueden considerar como tal. El resto es agua de letrina. Una Jeep Liberty color olivo se estaciona junto a nosotros. Son los padres de Demetrio. Vienen a recoger las llaves del departamento y a despedir a su hijo. Con ellos, era de esperarse, viene también Marina. La madre me abraza.

Cúidense mucho, me advierte.

Prométeme que no vas a dejarlo hacer tonterías, dice Marina. El señor Lontano toma la Polaroid y allí, frente al carro aún con la cajuela abierta, nos hace una foto. Acaso sea la promesa del viaje, pero me parece que en la instantánea, Demetrio con su cachucha de los Steelers hacia atrás y yo despeinado por el viento, lucimos más chavitos. Coloco la fotografía en la visera del carro. So it begins.

Salimos justo cuando comienza la puesta del sol. Delante de nosotros, la carretera y una vista incomparable: las montañas se recortan contra el cielo que de a poco va adquiriendo tonos magenta y naranja. No hay atardeceres más bonitos que los de este desierto de Chihuahua, me cae. Y entonces pienso que este viaje, la idea de cruzar los Estados Unidos para ser testigos de algo majestuoso, es un mero pretexto para escapar un rato, aclarar la cabeza y pensar qué sigue después de la universidad, después del matrimonio de Demetrio, porque esta frontera tan puteada por los gringos, por la maquila, el narco y por el mismo gobierno mexicano todavía saca fuerzas de no sé dónde para regalarnos este espectáculo majestuoso. Sin embargo aquí vamos. Dejamos atrás la Interestatal 10 para entrar en la I-25 que se ha fundido con la vieja US Highway 85. Un par de amigos sobre la ruta de Oñate, siguiendo los pasos del conquistador por el Camino Real de Tierra Adentro, sólo que nosotros no vadeamos el Río Grande buscando colonizar los indómitos territorios del norte. Nuestra conquista es una personal.

Demetrio va al volante. No ha dicho nada desde que entramos a Nuevo México. Yo saco el iPod de mi mochila y lo conecto al estéreo del carro.

Ya era hora, ¿no?

Estaba esperando a que saliéramos de Texas, le respondo y pongo play. No le digo que me llevó una buena parte de la semana armar el playlist para nuestro viaje. Me gustaría hacerlo, que supiera el tiempo que dedico a pensar estas cosas

para él pero me quedo callado y dejo que la música suene. Laughing and a-running, hey, hey, skipping and a-jumping in the misty morning fog with our hearts a-thumping and you, my brown eyed boy. Y allá vamos, cantando con la noche encima y las millas por delante.

Hace rato que pasamos por Las Cruces. No sé en qué momento me quedé dormido, es lo último que recuerdo. Abro los ojos y lo primero que veo es a Demetrio todo hecho sonrisas.

Wakey wakey, sleepyhead, me dice.

El cabrón no se da cuenta pero me rompe cuando tiene esos arrebatos de ternura. Desvío la mirada, finjo que trato de reconocer el paisaje pero la verdad es que a esta hora es imposible distinguir algo que no sea la señalización de la carretera y los faros de los carros. Me sacudo el sueño de los ojos y bajo la ventanilla para dejar que entre una bocanada de aire fresco. La noche huele a hierba húmeda.

¿Por dónde vamos?

Güey, quién sabe, responde. Los letreros dicen Truth or Consequences. ¿Qué pinche nombre es ese?

Hot Springs, le explico, cambió su nombre por el de un programa de radio de la NBC llamado Truth or Consequences, en los años cincuenta.

You're so full of shit, Andy.

Es neta.

Pienso en Lara Burke, la gringa pecosa que me enseñó el chocho detrás de una lancha un verano que mi papá nos llevó

a la Presa del Elefante. Ella venía de T or C. Cuando volvimos de ese viaje me sentía más alto y no dejaba de revisar el espejo para ver si ya me había crecido el bigote. Esperaba también, secretamente, que mi papá lo notara. Que me notara más hombre. Debía tener unos once o doce años.

Las señales de un azul eléctrico intenso nos anuncian que hay un gas stop más adelante. Demetrio toma la salida y avanza en dirección a las luces rojas y amarillas de la Shell. Dejamos el carro frente a la bomba de gasolina y entramos a la tienda. Busco unas aguas y una bolsa de Frito Lay's. Demetrio está hablando con la cajera y parece que le coquetea. La escena la siento como un golpe en el estómago. Me asalta el deseo incontenible de incendiar la puta tienda. Me acerco para pagar y las risitas cesan.

Thanks, Babe. Se gira hacia mí y no sé, supongo que ve mi rostro desencajado. La sonrisa se le cae de los labios a Demetrio. Me dice que me espera afuera, va a cargar el combustible.

La chica se ajusta la blusa. Me dice que mi amigo es adorable. Suelta una risita y me cobra ocho dólares con sesenta centavos. De mala gana, le extiende el billete de diez.

Oh, I'm sorry, dice como sacada de onda. Are you guys together?

Asiento con la cabeza. No le estoy mintiendo, trato de convencerme. Estrictamente hablando, estamos juntos, ¿no? Pero sé que no es eso lo que ella está preguntando. Salgo encabronado y la dejo ahí, la cara roja de vergüenza porque ahora cree que somos pareja.

Llego al carro. Demetrio coloca el despachador en su sitio.

Truth or Consequences, dice Demetrio. ¿Eso es como el verdad o reto?

Me encojo de hombros.

Hey, Andy. Te reto a que regreses con la cajera y la saques a los baños.

No me chingues, respondo.

Ándale, no seas marica. ¿No te gustó?

Trato de quitarle las llaves pero no lo alcanzo. Demetrio sigue siendo un poco más alto y más fuerte que yo. Levanta los brazos y yo sólo quiero salir de ahí, dejar a esa pinche cajera atrás y volver al silencio de la carretera, a la intimidad del carro, a estar otra vez solos él y yo.

Si no es el reto, entonces verdad, dice.

Me quedo parado, con las manos en los bolsillos, esperando a que me pregunte lo que sea para seguir nuestro camino. Demetrio duda un poco. No sabe qué o cómo preguntar.

Ya, hombre. ¿Qué quieres saber?

Entonces la suelta. No anticipo su pregunta, ¿cómo podría? Sé que he estado evadiendo hablar de ello y que algún día iba a verme en la necesidad de hacerlo pero no imaginé que sería él quien lo propiciara. ¿Escuché bien? Sí. Demetrio me observa con atención y sus labios vuelven a repetir la pregunta:

¿Desde cuándo te gustan los hombres, güey?

De pronto me transformo en un glaciar que se desprende, un iceberg más que sucumbe al cambio climático y que comprendo la inevitabilidad de su situación. Estoy aturdido. No sé qué decirle. Honestamente no sé qué decirle. Demetrio

me da las llaves de su Chevy Nova. Comprendo que es mi turno de conducir.

Súbete y me cuentas, dice.

Enciendo el motor y vuelvo a la carretera. Demetrio baja el volumen del estéreo y saca su estuche con la maría de la guantera. Afuera, la noche de Nuevo México es fastuosa. No repara en cielos estrellados. Nos alejamos de este puto pueblo Truth or Consequences a setenta millas por hora y me acerco al momento de decir la verdad y asumir sus consecuencias.

Comienzo a hablar.

Ver el sol por primera vez

! Había un vato en la carrera, no sé si lo conociste. Se llamaba Rubén, aunque algunos le decían Rubí. Nomás por joder. Pues ese güey me decía que él siempre supo. Que desde muy chiquito se bañaba con los primos o los tíos nomás para verles el pito. Me contó que una vez, ya tenía como diez, once años, observó cómo se le iba levantando la carpa a un tío adolescente. Al parecer le gustaba dormir en bóxer. Rubí se acercó despacio. Dice que primero le pasó la mano por encima, suavcito, ya sabes, para poder fingir un roce accidental en caso de que el tío la hiciera de pedo. Pero no la hizo. Seguía con los ojos cerrados. Entonces fue que se animó: se puso de rodillas junto a la cama, buscó entre los pliegues del calzón, le sujetó la dicka con una mano y la envolvió con sus labios. El tío no hacía ni pío pero de tanto en tanto arqueaba la espalda y movía ligeramente la pelvis. No sé, yo pienso que todo aquello, entre la excitación y el puto miedo a ser descubierto, debió ser muy intenso. Lo prohibido siempre nos despierta

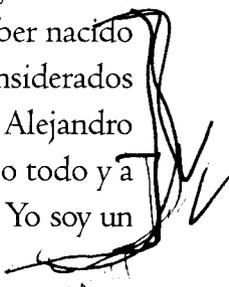
el morbo. Me lo contaba y parecía que se volvía a calentar nomás de acordarse. Dice que después de acabar a chorros, el tío le dio la espalda y siguió haciendo como que dormía. Luego, cuando despertó, ninguno de los dos dijo nada. Era un acuerdo del que no se hablaba. Cada vez que lo hacían era igual, al final nunca había pasado nada. It's never real until you speak it.

Eso dice él y por eso le cuesta trabajo creer que yo hubiera pasado la adolescencia sin saberlo. Piensa que me hago pendejo. ¿Tú también lo crees, Demetrio? La verdad es que se equivoca. Entonces yo ni me imaginaba. No sé exactamente cuándo comencé a darme cuenta. Había ciertas cosas que notaba, por supuesto: me molestaba un huevo cuando salías con alguna chava y yo no estaba incluido en el plan; mi turbación cuando descubrí tus axilas... No sabes, es que cómo me prenden tus axilas. Pero entonces yo no tenía malicia, te juro que no me daba cuenta por dónde iba todo eso. Como que ignoraba las señales, sabes. Siempre es más fácil verlo desde afuera y descubrir la homosexualidad ajena antes que la propia. Habrá casos como el de Rubí, y qué chingón por él, que lo tenga tan claro desde siempre, pero para mí fue un proceso. Sí hubo un momento de confusión muy cabrona. Además estaba la presión de mi papá; todo le causaba conflicto. Nos peleábamos porque yo traía el cabello largo y eso me sacaba muchísimo de onda porque de joven él andaba todo hippie y greñudo. Yo no entendía cuál era el problema, ¿ves? Ahora sé que de haber sido buga, jamás me hubiera dicho nada por la melena.

Pero claro, él ya veía las señales y yo creo que le aterraba la idea de que su hijo fuera a terminar de vestida. Es increíble que a estas alturas aún haya quien confunda homosexualidad con travestismo. Hay gente que piensa que si a un hombre le gustan los hombres, es porque en el fondo sueña con ser mujer. Fuck that shit. En fin, ese era mi padre entonces y no creo que haya cambiado mucho su forma de pensar. Aunque hace mucho no sé de él. Tuvo otro hijo con su nueva esposa y, lo que son las cosas, se ve bien jotito el niño, ¿tú crees? Go figure. En fin, hay gente estrecha de mente y qué remedio.

No sé, no me había puesto a analizar cuándo me di cuenta. Porque hay que decirlo: eso es algo que en determinado momento uno descubre, pero que está ahí desde siempre. Es parte de tu identidad, es sólo que un día te cae el veinte y pues, entonces ya habrá que decidir si lo asumes o te haces pendejo, pero no es que "te vuelvas" gay. Nadie, por voluntad, decide ser discriminado. That's stupid.

Gay. Cómo me caga esa palabra. Guácala. Hasta siento que no hablo de mí cuando la digo. El gay es el maricón light. Es que esa palabra ya es como una bandera, sabes, para mí representa esa pugna rosa por normalizar la homosexualidad y qué hueva. Yo no quiero ser normal. Normal is boring. Además, dime tú quién es normal. Eso no existe. Yo debí haber nacido en otra época, una en la que los hombres fueran considerados hombres al margen de sus gustos. Algo así como Alejandro Magno. No entiendo ese pinche afán por clasificarlo todo y a todos. Las taxonomías nomás sirven para segregar. Yo soy un hombre que se acuesta con hombres y ya está.



Bueno, regresando al tema de cómo supe de mi afición, o cómo desperté a la putería, como yo le digo. Creo que le he estado dando vueltas al asunto porque no sé cómo decirlo. Pinche Demetrio. Me di cuenta que estaba enamorado de ti. Y me di cuenta de la forma más fea: estábamos en la universidad. Tú ya te habías ido a estudiar a El Chuco. El primer año no cambió mucho nuestra amistad, nos veíamos los fines de semana y ocasionalmente en días de escuela, cuando hacíamos coincidir nuestros horarios. Pero luego conociste a Marina. Yo comencé a molestarme y no entendía bien por qué. Celos de amigos, supuse. El asunto es que nunca me había encelado así antes, ¿por qué ahora era diferente? Claro, con Marina no era como con otras. Ella era la primera novia a la que tomabas en serio. Hice un esfuerzo por que me cayera bien. Lo intenté y no sabes qué difícil era encontrarle una virtud, la pinche Marina tiene el carisma de una ameba. Tú, en cambio, con ese campo de trigo que es tu cabello alborotado, esos ojos verdes y tu sonrisa que es como el primer día de primavera. Tan alto, tan guapo y relajado. No podía creer que te interesaras por una chava así de insulsa. Güey, o sea... ¡la vieja siempre huele a CK One! No mames, ¿qué clase de persona sigue usando ese perfume? Esa fue mi primer wake up call.

✓ Era lo más natural, comenzaste a pasar más tiempo con ella. Luego, habíamos quedado de ir a las dunas de Samalayuca, un fin de semana, ¿recuerdas? Esa tarde me llamaste y dijiste que lo sentías mucho pero te ibas a comer a casa de Marina porque había llegado el momento de conocer a sus papás.

le pasaste, cabrón. Ya sé que ella era tu novia pero ya tenías un compromiso conmigo. A los pinches suegros los podías conocer cualquier otro día. El caso es que estaba enojado y también medio triste por la cancelación, pero entonces me entró una notificación de Facebook. Era Rubí. Tenía fiesta en su casa y después de pensármelo un rato, al final le caí. No me iba a quedar encerrado, pues.

La fiesta era porque uno de sus primos había ganado una beca y se iba de intercambio un año a Sevilla. Román, así se llamaba. Me lo presentó cuando llegué pero fue hola y mucho gusto. Luego el Rubí me desafanó, iba de grupo en grupo y me quedé solo junto a la barra. Todavía traía el coraje atorado y me sentía como idiota, ahí tomando solo. De cualquier forma, me puse hasta el culo. Entonces llegó Román y me comenzó a hacer conversación. No creo que le haya gustado desde el principio, más bien pienso que le di lástima. Recuerdo muy poco de lo que dijimos, ya te digo, andaba muy mal. Sin embargo, conforme avanzaba la noche, se me fue bajando la peda y Román ya no se separó de mí. Nos amaneció hablando. Eran como las seis de la mañana cuando se nos acercó Rubí. Ni te esfuerces tanto, le decía a su primo, este güey es buga. Bueno, según él. Y se alejó con una sonrisita mamona en la cara. Y yo pensé en ese momento que era innecesario su comentario, si lo estábamos pasando bien. ¿No podíamos tener una conversación sin que hubiera intenciones sexuales de por medio? Eso pensé, pero no sé a quién trataba de engañar, la verdad es que tenía rato que ya

había notado cómo Román se iba aproximando. En algún momento incluso pasó su mano por mi cabello y no sólo no me incomodó el gesto, sino que me gustó. Los brasileños tienen una palabra para ese acto: cafuné. Qué chingón, ¿no? Me encanta esa palabra. Cafuné. Eso fue lo que hizo Román y lo que finalmente me hizo bajar todas mis defensas, creo. Había pasado toda la tarde sintiéndome ignorado, se sentía bien que por una puta vez alguien me notara.

Ya quedábamos muy pocos en la fiesta. Unos, los que no se habían ido a casa, habían buscado refugio en algún sillón. Román y yo entre ellos. Afuera ya se escuchaban los vecinos que salían a correr, a lavar el carro o a pasear al perro. Me pesaban los párpados, la cabeza, todo el cuerpo. La luz cegadora que entraba por las ventanas y el sueño me hacían imposible mantener los ojos abiertos. Entonces sentí el calor de su cuerpo y después un beso suave. Dormimos abrazados, despertando a ratos, y yo pensando todo el tiempo que a lo mejor este güey era uno de los primos a los que deslechaba Rubí. Pero en ese momento nada importaba, y tampoco tenía voluntad para poner mi cabeza en orden. Era el mediodía cuando desperté y me fui en silencio.

Los días siguientes traté de culpar de lo sucedido al alcohol pero era inútil. Yo me había percatado de todo y había permitido que avanzara. Fue un momento de confusión que se extendió por varias semanas. Quise hablarlo con alguien pero sólo podía contarle a Rubí, él era el único que podía escucharme sin juzgar. Es extraño que estas cosas sean tan

complicadas de hablar con la gente más cercana, esos que bajo otra circunstancia tendrían toda tu confianza, y que sin embargo sea tan sencillo de hablar con un extraño, o un amigo ocasional, como Rubén. Es extraño pero comprensible: en principio, Rubí no podía criticarme porque él mismo es más marica que beber un Cosmopolitan con el meñique alzado... pero hubiera sido más fácil contárselo a cualquier extraño antes que a ti. La reacción de un extraño me daba lo mismo, pero no hubiera podido soportarlo si fueras tú quien me hiciera a un lado.

Al principio no me atreví a experimentar. Sólo le exponía mis dudas a Rubí y él me escuchaba. Aunque yo creo que luego fue de chismoso con su primo porque un día Román llegó a buscarme a la universidad. Me llevó al parque Borunda por un hot dog y agua de horchata y ahí se abrió: él tenía que estar en Sevilla en octubre, me dijo, así que aún le quedaba un mes en la ciudad. Me proponía que siguiéramos en contacto y quizás, a su regreso, podríamos intentar algo más serio. No pude dar una respuesta en ese momento, pero accedí a salir con él durante el tiempo que estuviera en Juárez.

Así comenzamos a vernos más. Poco a poco fui cediendo a sus avances, pero entonces yo comencé a atar cabos. Comprendí por qué me molestaba tanto que estuvieras con Marina.

Román me trataba muy bien, quiero decir, me sentía muy cómodo con él, pero yo sabía, Demetrio... Yo sabía que siempre has sido tú. Conocerlo a él fue bonito, pero sólo me abrió los ojos: estaba enamorado de ti. Siempre lo estuve. Él

sólo era un placebo pero la verdadera droga eras tú. Una vez que lo comprendí me sentí pleno. No sabes, it just felt right. Era una sensación de felicidad que jamás había experimentado con ninguna mujer. Todo era nuevo. Estaba enamorado de ti y admitirlo me hacía sentir libre.

A partir de entonces, cada vez que te veía a los ojos era como ver el sol por primera vez.

Tres

Falta poco para la medianoche. Demetrio se fumó un churro mientras hablábamos y ahora duerme en el asiento del copiloto. Hace un rato que apagué la música, no hay más sonido que el viento. La carretera se extiende frente a mí y se pierde entre los edificios y sus luces encendidas que ya comienzan a dibujar la ciudad. Los paisajes cambian pero la carretera siempre es la misma. Aunque algunos tramos hayan cambiado su nombre para formar parte de las redes interestatales gringas, aunque les hayan retirado las antiguas señales en negro sobre blanco y le hayan dado otra señalización, colorida y brillante, de acuerdo a su nueva nomenclatura, la vieja carretera US-85 no ha modificado su ruta. Same old road, palpating through the ages. El trazado original del Camino Real de Tierra Adentro fue extendiéndose hasta conectar otros sistemas carreteros para formar una gran arteria continental. La ilusión de una América unida. If only.

La ciudad adelante es Albuquerque. Aquí la carretera adopta el nombre de Pan American Highway. La Carretera

Panamericana. Así se le conoce también en Juárez, aunque los afanes urbanizadores la hayan transformado en la Avenida Tecnológico. Creo que si se la despoja del maquillaje de centros comerciales y semáforos, sigue siendo la misma carretera. Sucede igual con las personas: somos trayectoria. Sufrimos esa constante reconfiguración y a pesar de todo, nunca dejamos de ser camino, viviendo en la eterna añoranza de ser transitados y reconocidos. Algunos entrarán en nuestras vidas, recorrerán un tramo y después tomarán alguna salida. Otro camino, otro destino. Pocos son los que viajarán hasta el final del recorrido.

Pienso que esta primera conversación con Demetrio fue un tramo poco transitable, un penoso intento por cruzar descalzos un empedrado. Repaso en mi mente —como suelo hacer— un monólogo imaginario, la forma en que me hubiera gustado irle aclarando todo. Pero quedó tanto sin decir. No fue nada fácil sortear los momentos de tensión. Tengo la impresión de que ahora no sabe cómo comportarse frente a mí y es sumamente incómodo. Supongo que con los días hablaremos de nuevo y poco a poco el shock inicial se irá disipando. Ahora lo importante es encontrar un sitio para cenar y pasar la noche. Allá adelante hay un Motel 6. Tomo la salida y me bajo del freeway en la avenida Cesar Chavez.

Lanzo una mirada furtiva a Demetrio antes de despertarlo. Lleva la cabeza apoyada sobre el cristal, acurrucado sobre su hombro derecho. Así, dormido como está, me resulta más difícil no detener el carro y echarle los brazos encima, buscar

refugio en el hueco que queda entre su hombro y su cuello. La indefensión le va muy bien. Acerco mi mano a su cabeza, quiero pasar mis dedos entre su cabello pero titubeo. El cafuné que no fue. Finalmente bajo la mano a la altura de su brazo y le doy un par de palmadas.

Despierta, le digo.

Demetrio se reincorpora despacio. Baja la ventanilla y el viento vuelve a circular dentro.

¿Ya llegamos?

Ya. Estamos entrando en Ei-Bi-Quíú.

A huevo, dice con un entusiasmo que ni siquiera la modorra puede disimular. Demetrio quiere hacer el tour por los lugares de la ciudad que aparecen en Breaking Bad. No es que a mí no me interese: me gusta la serie, el asunto es que hubiera preferido antes visitar Santa Fe. Hay algo en esas plazas bordeadas de edificios de adobe y estuco, con vigas expuestas, que me fascina. Creo que es una predisposición mía a reimaginar el pasado. De pronto me veo caminando por las calles viejas y siento una profunda conexión con épocas remotas. Como si el tiempo no fuera una línea continua, sino un entramado flexible. Un pañuelo cuyos extremos se tocan al doblarse y así, de pronto, el pasado tuviera resonancia con la época actual. Conmigo, aquí y ahora.

En lugar de eso, iremos a buscar la casa de Walter White.

Entramos al Motel 6 y pido una habitación para dos personas. Separate beds, tiene la precaución de agregar Demetrio. Le sonrío con timidez al chavo del frontdesk. Una sonrisa que es

a la vez una disculpa por mi amigo. Dejamos nuestras cosas en la habitación y salimos a explorar.

No tardamos en encontrar un lugar abierto: el Frontier Restaurant está en un local que simula una cabaña de madera en Central Avenue —la histórica Route 66—, justo frente a la Universidad de Nuevo México. Open Daily • 5:00 am to 1:00 am. Los comensales en el interior llevan esa expresión anestesiada, fantasmal, que delata múltiples desvelos. Dan la impresión de ser una extensión de la fachada exterior iluminada por lámparas de halógeno.

Ordenamos un par de chilli burgers y coca colas. Esperamos la comida sin cruzar palabra y cuando llega, nos sentimos aliviados porque no hay necesidad de hablar, ahora sólo nos ocupamos de comer y ya está. En nuestro afán de postergar el momento incómodo terminamos convirtiéndolo en una serie de momentos de tensión aún más insoportables. Tres, cuatro bocados después, Demetrio retoma el tema.

Mira, sólo quiero decirte que esto no cambia nada entre nosotros.

Sí que lo cambia todo, pienso. Justo ahora, Demetrio habla entre dientes y le cuesta trabajo mirarme a la cara. No lo culpo. Yo tampoco sé cómo actuar frente a él. Cualquier gesto, cualquier mirada sostenida por más tiempo del necesario podría interpretarlo mal. Podría pensar que estoy enamorado de él. Y estoy enamorado de él pero vamos, que no pienso tirarle la onda. Jamás haría algo que pusiera en riesgo nuestra amistad. Eso ante todo.

Tú eres mi amigo, cabrón. Y respeto tus decisiones.

Es que no se trata de una decisión, le respondo. Yo no decidí esto.

No nos vamos a detener por esas imprecisiones, chingada madre. Lo que estoy tratando de decir es que sin importar lo que seas, yo te respeto. No dejas de ser Andrés.

Silencio. Deduzco que Demetrio espera alguna respuesta de mi parte pero no sé qué decirle. Él continúa luego de un rato: No te voy a negar que me sacó mucho de onda confirmar mis sospechas pero me hace feliz que seas tú quien me acompañe en este viaje.

Tal vez lo que debería hacer es relajarme. Para él tampoco debe ser fácil. Si yo dejo de darle importancia al asunto, si empiezo a sentirme cómodo con él otra vez, como antes de que me confrontara, quizás él también comience a tomarlo con más naturalidad. Sí, vamos a disfrutar el viaje. Mañana que salgamos a recorrer la ciudad pondré otra vez el playlist, nos haremos fotos con la Polaroid en Los Pollos Hermanos y después continuaremos por la carretera rumbo al norte.

Quién sabe, quizás de regreso acceda a detenernos en Santa Fe. O mejor aún: desviarnos hacia Marfa. Ese pueblo tejano tiene todo para convertirse en uno de mis destinos favoritos: calles viejas y polvorientas, luces extrañas en medio de la noche oscura, artistas exiliados y el fantasma de James Dean. Ahí fue donde filmó *Giant*. No sé cómo explicarlo pero siento que si visito los lugares que él visitó, es como tener una especie de comunión con él. Nota mental: decirle a Demetrio de visitar Marfa a nuestro regreso.

Más relajados, volvemos al motel. Demetrio entra de prisa y se lanza sobre la cama más próxima a la televisión. A mí en realidad no me importa tomar la otra. Pongo mi maleta sobre la cama y comienzo a buscar ropa para dormir. Saco una camiseta blanca y pantalonera gris de Old Navy y entro al baño a cambiarme.

Andy, escucho que grita Demetrio a través de la puerta, ¿y entonces ya te cenaste al Braulio?

¿Braulio? No, le respondo. ¿De qué hablas?

Pues es como súper gay, ¿no?

Escucho también una risita. Supongo que no vamos tan mal si ya podemos hablar de otros güeyes y bromear al respecto. Entonces salgo del baño y frente a mí está Demetrio sin camiseta. Hijo de puta. Lo primero que veo es su pecho erguido, coronado por un par de pezones durísimos y unos brazos bien torneados. Lleva el vello recortado. Enseguida noto que sólo lleva calzones. Su abdomen termina en una V perfectamente delineada que continua por debajo del elástico de esos trunks amarillos que resaltan el color de su piel bronceada.

No sabía que Braulio fuera gay, le respondo nervioso. Además, que ambos lo seamos no significa que a huevo vamos a coger. Demetrio me da la espalda. Levanta el edredón y las sábanas, comienza a preparar su cama. El calzón se ajusta contra su cuerpo y resalta la redondez de sus nalgas. Y dijo Dios: hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza. Qué grande es tu obra. Te alabamos y damos las

gracias, Señor. Entonces se vuelve hacia mí. Se pasa una mano por el abdomen, acaricia el camino de vello rubio y después se ajusta el paquete. Puedo ver cómo la tela dibuja la verga que se inclina ligeramente hacia la derecha y marca el contorno del glande, complementado por unos testículos que imagino cargados, a punto de estallar.

¿No te gusta?, pregunta.

Está hablando de Braulio, lo sé. Me queda claro que no hay ninguna relación entre su gesto y la pregunta. Quisiera aventarlo contra su cama, bajarle esos putos calzones y restregar mi nariz contra su ingle. Oler sus humores, comer de su carne. Soy un puto cobarde. En lugar de eso le digo que tengo sueño y será mejor que me vaya a descansar.

Me meto en la cama. Tengo mucho calor pero me tapo hasta la cabeza. Estoy temblando.

Va a ser una noche larga.

Puro pinche prejuicio

Al principio fue como un rush de adrenalina bien cabrón. Quería verlo todos los días. No importaba si sólo nos quedábamos en casa a ver la televisión abrazados. Otras veces podíamos escuchar música con los ojos cerrados mientras sentía su caricia sobre mi cuello. Sus labios húmedos sobre los míos eran como morder un durazno tierno en un día de sol y sentir el rubor en mis mejillas. Me encantaba ir al cine y ahí, con las luces apagadas, tomarlo de la mano. Comenzar a besarlo a media función. Era una puta montaña rusa. No sé, yengo de una crianza católica y quizás se nos ha enseñado a sentir placer en la culpa. La culpa para mí era algo más natural que el sexo. Así que Román era un guilt trip. Una sensación de bienestar mezclada con el miedo a ser descubiertos. I kissed a boy and I liked it.

No era que estuviera enamorado de Román, eso me quedó claro después de la primera semana. Pero estar con él, comenzar a descubrir mi verdadera identidad, me hacía bien.

Nunca me había sentido tan cómodo conmigo mismo. Luego de tantos años de reprimirlo de manera inconsciente, ahora podía experimentar un sentimiento de libertad indescriptible. Finalmente todo encajaba. Me volví un man junkie.

Pero uno se acostumbra rápido y la euforia no tardó en menguar. Entonces me vino la confusión. Pude ver los asientos de la inseguridad y mis miedos en el fondo del vaso. ¿Miedo a qué? Pues al rechazo, antes que nada. Tú no puedes imaginar esa angustia porque ni siquiera tuviste que asumir la heterosexualidad. Es así y listo. No tienes que dar explicaciones, sentar a tu familia y amigos para decirles que te gustan los hombres, como si eso tuviera que ver más con ellos que con uno mismo. Y la incertidumbre de no saber cómo van a reaccionar. Si es que yo nunca estuve en el clóset, fue la sociedad la que me metió ahí. Cuando me di cuenta, ya estaba yo adentro. Y ahí me quedé pues, calladito, por miedo a ser marginado por la misma gente que debería apoyarte, aceptarte, amarte. ¿Recuerdas aquella vez que fuimos al Hope & Anchor, hace como un par de meses? Había planeado contarte todo esa noche, Demetrio. Empecé a atascarme de cerveza para agarrar valor, eché algunas monedas a la rocola y me pasé un buen rato cantando rolas de Arcade Fire para sentirme más tranquilo, pero al final me acobardé. Lo único que conseguí fue una cruda que al día siguiente me pesaba como yunque. Y te lo iba a contar, eventualmente, sólo que primero quería sondearte. O sea, medir el terreno pues, sondear las aguas, no meterte la sonda. Aunque también.

Ya, en serio. Luego estaba el miedo a envejecer. No, no era precisamente a envejecer, sino a convertirme en un viejo maricón. Hacerme viejo en la mariconería, ¿entiendes lo que digo? Al principio me lo tomé como algo pasajero. Traté de decirme que mi jugueteo con otros hombres no sería algo permanente, que era una fase. Es que, pensaba, una cosa es que ande joteando a mi edad y otra muy distinta es que lo siga haciendo a los cuarenta o cincuenta. Ya sabes lo que dicen, que en la adolescencia todos somos medio gay, ¿no? Y yo me acordaba de aquel viaje a Mazatlán por nuestra graduación de prepa, ¿te acuerdas? Mariano, Zapata, el Vikingo, tú y yo. Nos pusimos hasta el culo en la playa. En algún momento de la noche, el Vikingo se puso a presumir el tamaño de su verga. Ustedes me la pelan, decía. Todos ustedes. Se agarraba los huevos y nos tronaba unos besos al aire. Él siempre tuvo una necesidad incontenible de demostrar su hombría. No sé cómo pero terminamos todos con el traje de baño hasta las rodillas, comparando longitudes y espesores, adivinando incluso quién podía disparar más lejos. El Zapata la tenía más chica y se defendía diciendo que medirla así, flácida, no cuenta porque no es el "tamaño de uso". I'm a grower, not a shower, decía. Había que resolver el asunto, así que todos nos estimulamos para decidir sin lugar a dudas. Los cinco ahí, midiéndonos las vergas duras frente al Océano Pacífico. Ahora lo recuerdo y la verdad es que sí estuvo bien gay. Creo que debo haberle dedicado al menos una docena de pajas al recuerdo de esa noche. Cierro los ojos e imagino una chaqueta colectiva que

termina en combate, todos contra todos, en la arena. Cada vez sigo un orden distinto pero eso sí, al final siempre termino contigo.

El caso es que yo lo consideraba algo aceptable siempre que aún fuera joven. El gay era, para mí, un hombre joven. Uno maduro era un puto pervertido. En fin, no quería volverme una old queen, pues. Puro pinche prejuicio, porque empecé a discriminar bien cabrón a los homosexuales adultos. Que si eran unos cerdos rabos verdes, qué asco. Pinches viejos ridículos, a su edad. Ya sabes, ese tipo de comentarios. Ahora me doy pena, pero tenía que dejar que se me pasara el rush y comenzara a pensar claramente otra vez. Entonces traía unas ganas reprimidas de cuerpos jóvenes y bonitos. Todavía, pues. No soy de palo. La diferencia es que me cayó el veinte y no dejo de pensar que, dentro de unos cinco o diez años, el ruco voy a ser yo. ¿Y entonces? Si la vida del buga se termina con el matrimonio, como dices, la vida del marica se termina a los treinta. A veces antes, si la genética te traiciona. Tuve que hacerme a la idea, ir luchando contra mi propia ignorancia. Al final pude entender que la jotería no es un asunto de edad. Tampoco es un trend. Algo propio de una etapa y que luego superas y dejas atrás para volverte el adulto maduro y responsable que la sociedad espera. No es como dejar la patineta para llegar en carro a las entrevistas de trabajo. Uno es el que es, and you're stuck with yourself for as long as the ride goes. Ya te digo, puro miedo.

¿Ahora qué sigue? Pues eso todavía no lo tengo tan claro. No creas, sí me da miedo quedarme solo. La soledad es

muy cabrona. Pero es cabrona porque se lo permitimos. Los jotos mismos reforzamos esas ideas de que si eres viejo, eres irrelevante. Es una pendejada. Luego pienso que tengo que dedicar mi vida a algo que trascienda porque de otra forma voy a valer madre.

Creo que por eso me cae bien el Ian McKellen. Yo lo veo así, con su cabello blanco y tan pateando traseros en sus películas. Celebrando el gay pride y colgando en Twitter las fotos con el Professor X. Entonces pienso que así me gustaría ser cuando tenga su edad. Me da esperanza de que pueda haber un futuro para mí. Aunque siempre me queda la duda si, allá en la privacidad de su casa y sus pensamientos, a Ian McKellen también le cuesta trabajo lidiar con los prejuicios y aún sufra discretamente porque nadie quiere entablar una relación con un señor de setenta años.

Cuatro

De nuevo en la carretera. Es el turno de Demetrio al volante. Afortunadamente dejó olvidada su cachucha de los Steelers en el motel. Lleva unas gafas de sol y cabello despeinado. Jeans ajustados. De tanto en tanto, se estira y deja al descubierto un pezón por el costado de su tanktop. O levanta un brazo y puedo ver su axila. La música suena otra vez, una canción de los Lumineers. Ambos cantamos. Él ha estado más relajado desde nuestra conversación de anoche. Quisiera poder decir lo mismo de mí, pero la verdad es que es tanta la tensión que creo que voy a estallar. Demetrio ni lo sospecha pero esta mañana, al despertar, lo encontré destapado y con una erección del tamaño de Texas. Rápidamente y tratando de no hacer mucho ruido, busqué la Polaroid en mi mochila y le hice una foto. El motel, la luz que se colaba entre las persianas, la cama sin hacer y ahí, en medio de todo aquello, Demetrio en calzones y con un bulto envidiable. Parecía publicidad de American Apparel. Me guardé la foto en la libreta y pienso que en

cualquier momento tendré que recurrir a ella para aliviar mis impulsos.

Nos hemos detenido muy poco, pero yo he aprovechado esas paradas para retratar el paisaje. A Demetrio sólo le interesaba hacer fotos en los sitios de Breaking Bad. Eso tampoco estuvo tan mal. Fue divertido cruzar las fronteras de la ficción y a ambos nos relajó bastante repasar las escenas más memorables de la serie. Ahora vamos rumbo a Colorado y Demetrio va de muy buen humor. Parece que el espíritu de Jesse Pinkman se hubiera apoderado de él.

Tenías que habérmelo contado antes. Bitch.

I'm not your bitch, le digo.

Está bueno, Flaco.

Odio que me llame Flaco. Adoro que me llame Flaco. Mi cuerpo siempre ha sido causa de inseguridades. He sido flaco desde niño: al principio no era algo que me pesara, pero claro, a los doce años, mi delgadez se sumaba a que mi cuerpo atravesaba esa etapa enrarecida en la que aún no se desarrolla bien. Así que fui objeto de todo tipo de burlas. Tenía además la ceja muy poblada, tanto que casi se unía en el entrecejo. Una ocasión, regresando del receso, entré al salón de clases y descubrí que algún compañero había colocado el cepillo del conserje en mi asiento. Todos le hablaban por mi nombre y a mí, a partir de entonces, comenzaron a llamarme Cepi. Hasta que conocí a Demetrio en la prepa. Tú no eres un flaco sin chiste, me dijo. Piensa en Bowie y en Jagger. Tú tienes mucho estilo, pinche Flaco.

Nos tenemos toda la confianza del mundo, continua mientras con su mano derecha me da una palmada en la pierna.

No vamos a discutir mis razones toda la vida, respondí. Ahora podemos hablarlo abiertamente, ¿no?

¿Podemos hablarlo todo?

Todo.

El velocímetro marcha setenta y seis millas por hora. Apenas rebasamos el límite establecido. Demetrio tiene un ojo en la carretera y el otro en mí. Sonríe. Puedo adivinar que, en su cabeza, está tratando de formular una pregunta. Entonces habla.

Y con este güey, el tal Román, ¿tú hacías del hombre o de la mujer?

Esa pregunta. Out of all things. A un buga siempre se le ocurre preguntarnos esa mamada. Really, dude.

No mames, Demetrio, no funciona así. Si me atrae un hombre es precisamente porque es un hombre, le explico. No estoy buscando un sustituto de mujer. Y eso tampoco significa que yo me asuma como tal. Me siento muy cómodo con mi género, FYI.

Vale, pero durante el sexo alguno tendría que ser el que...

¡Cállate la fuckin' boca!

Podemos hablarlo todo, ¿no es así?

No sé qué responderte, Demetrio. No me he visto en esa situación.

¿¿No te cogiste a Román?!

Nunca nos acostamos, no hubo tiempo de ello, le digo. Quizás también esto le resulte difícil de entender: somos hombres,

vamos a aprovechar cualquier situación para coger. El asunto es que a mí me daba un poco de miedo ir all the way. Quería ir más despacio.

El velocímetro marca ochenta millas por hora.

¿Qué fue lo más kinky que hiciste, entonces?, pregunta. Demetrio evita hablar de dos. Me percató de que nunca dice “cogieron”, “hicieron”. Siempre se refiere únicamente a mí. Hago una mueca tratando de recordar detalles.

Primero era puro faje intenso, le cuento. Un par de veces, cuando nos quedamos en casa, veíamos películas de cucharita. El contacto cercano, el olor de su piel, mi respiración sobre su cuello, sobre su nuca. Todo eso me ponía bien duro.

Demetrio suelta una carcajada. Se ve emocionado. Cuéntame bien, cabrón, dice. Yo siempre te cuento a detalle mis encuentros. Continúo con mi relato:

Entonces no podía reprimirme. Intentaba presionar ligeramente contra sus nalgas, haciendo movimientos muy suaves. Casi imperceptibles, pensaba, pero en ese estado de excitación ambos estábamos híper alertas. Naturalmente, Román se dio cuenta y comenzó, a su vez, a empujar contra mi verga.

Dry humping, dice Demetrio.

Nunca me vine así, le confieso. Pero sí terminaba con los calzones todos moqueados.

¿Fue todo?

No.

Hago una pausa. Puedo ver que Demetrio se impacienta. Espera que elabore más mi respuesta, no hay duda. Su

mandíbula se tensa con la anticipación. Empiezo a disfrutar mi relato. El velocímetro marca ochenta y cinco millas por hora. Hace rato que dejamos de prestar atención a la música. El paisaje se vuelve un blur continuo.

En otra ocasión estábamos escuchando música con la luz apagada. Tienes que comprender que ya hacía días nuestro contacto era más intenso, le digo. Estábamos al borde de un acantilado, nuestros pies apenas aferrados a la orilla pero nosotros ya estábamos listos para saltar. Así, en la oscuridad, comenzamos a quitarnos la ropa.

A huevo, dice Demetrio. Desde que comencé a relatarle mis asuntos con Román no dice más de dos palabras. Tiene los labios secos. El velocímetro marca noventa millas por hora. Yo sólo espero que no nos crucemos con alguna patrulla.

Podía sentir sus manos en mi espalda, le digo, me apretaba contra él. Su lengua caliente chocaba con la mía. Nuestros movimientos eran torpes, pero una vez que logramos despojarnos de la ropa, todo fue más natural. Como una guitarra que se acopla al ritmo de los tambores. Y yo sentía que nuestras palpitaciones, nuestra respiración, marcaban el ritmo. Pronto pude sentir su verga dura contra la mía. Sin ropa de por medio. La fricción nos hacía sudar bien cabrón. Qué más, pregunta Demetrio, su pie firme sobre el pedal del acelerador. El velocímetro marca noventa y cinco millas por hora. La música ya es sólo un zumbido que se confunde con el viento.

Nos exploramos con nuestras bocas, respondo. Román me empujó contra la cabecera de la cama y pasó sus labios por

mis pezones, por mi abdomen. Se detuvo en mi ombligo y metió su lengua húmeda y después se bajó hasta mi verga y la envolvió con sus labios. Estábamos a oscuras pero no pude evitarlo: tuve que cerrar los ojos antes de terminar.

Silencio. Demetrio sujeta con fuerza el volante. Puedo ver algunas perlas de sudor que se asoman por sus sienes. Yo mismo me siento inquieto. Oculto, con mi mochila en mi regazo, una erección que lucha por abrirse camino entre mi ropa.

Dicen que los hombres dan mejores blowjobs que las mujeres, dice al fin. ¿Es cierto, Andy? ¿Los hombres la maman más rico?

El velocímetro marca cien millas por hora. Tengo miedo. Siento que en cualquier momento podríamos chocar. Pienso que debería advertir a Demetrio que pare pero no digo nada. Echo la cabeza hacia atrás, cierro los ojos y me dejo conducir. We can crash and burn, for all I care.

Redención

No es tu cabello como campo de trigo despeinado por el viento, ni tu barba de tres días que crece con la determinación del musgo sobre la roca. Tampoco es tu vientre encendido. Es tu nombre, Demetrio. Tan viril, tan donoso. Nombre de dioses. Es el vigor del hombre que trabaja la tierra. Tres sílabas que se cuelan por mis oídos y resuenan en mi cabeza. Es tu nombre lo que más adoro de ti. Lo escucho y pienso en tus brazos alzados, victorioso, ostentando la abundante mata de tus axilas. Pienso en esa cueva húmeda, cálida y perfecta, que me ofrece resguardo luego de atravesar la selva rubia de tu vello.

Tu nombre y tus axilas como un mismo ente indivisible. Demetrio fuerza. Demetrio sudor. Demetrio suplicio. Demetrio redención. La explosión antes de la calma. Demetrio.

Cinco

La medianoche en Denver nos regala una brisa fresca. Hace un par de horas que llegamos a la ciudad —al menos una hora más temprano de lo que habíamos anticipado. Santa Fe, Trinidad, Pueblo. Con Demetrio al volante, todos esos lugares se volvieron un punto en el mapa que se difuminó ante mis ojos, un punto que la velocidad convirtió en una línea indefinida al lado de la carretera. A big blur. A partir de ahí tomé el relevo. Con más calma nos conduje hasta la Reina de la Planicie, la ciudad que se levanta al cobijo de las Rocallosas. Denver, Colorado.

Demetrio se tambalea un poco, me da la impresión de que podría estar exagerando la borrachera. Apenas si duramos una hora bebiendo. O quizás los tumbos que viene dando sean genuinos: el viaje nos comienza a agotar a ambos. Salimos del Whiskey Bar, en la esquina de la calle 22, y seguimos un rato por Larimer Street. Creo que estamos perdidos. Nos detenemos un instante en la esquina con la calle 15 para revisar

Google Maps en el teléfono de Demetrio. Mientras yo trato de orientarnos, él saca su Mary Jane Kit y forja un porro. Ha estado incontrollable, eufórico, desde nuestra conversación en la carretera.

Hail Denver! Those about to get high salute you!

Cállate, cabrón, le digo. No grites.

Doblamos a la derecha y seguimos andando por la I5, resguardados por los viejos edificios del downtown. Qué bonita es Denver. Pocas son las ciudades de los Estados Unidos que conservan una personalidad propia. Los gringos se han ocupado de homogeneizarlas todas y casi han logrado convertir al país entero en Anywhere, USA. Denver, al menos una parte de ella, ha logrado escapar de ese intento. Nos detenemos justo abajo de los puentes que cruzan las vías del tren. Demetrio me pasa el porro. Cierro los ojos y aspiro. Dejo que el humo llene mis pulmones, siento el frío de la noche en mi cara.

Cuando abro los ojos, veo a Demetrio corriendo y yo, qué remedio, arrastro los pies detrás de él. Salta una pequeña cerca y cae dentro del Confluence Park. Al fin lo alcanzo y me veo ahí, junto a él, parados a la orilla del South Platte. Este enclave y este río, emplazamiento original de la ciudad, testigos del fervor minero, el Gold Rush, los saloons, el viejo oeste.

Si no pienso estas cosas, la mota me va a poner cachondo.

¿Te das cuenta, Andy? Estamos en la ciudad de los Lumineers.

Y Devotchka, respondo.

Deberíamos quedarnos aquí, güey. La mota es legal y la música es chingona. ¿Pa' qué regresamos a El Chuco?

Te vas a casar en El Paso, le recuerdo. ¿Te acuerdas de Marina? Claro, la boda, dice Demetrio mientras se baja el zipper. Entonces me lanza el reto: A ver quién llega más lejos. Se saca la verga y suelta el chorro. No me animo a seguirle el juego por la mota y porque, ahora mismo, estarle viendo el pito no me ayuda. Recuerdo nuestra conversación en la carretera y ya estoy bien horny. Me ajusto la sudadera para disimular la incipiente erección. Allá arriba del puente, a nivel de calle, un par de negros nos gritan algo ininteligible. Ríen y agitan una botella en el aire. Será mejor que vayamos haciendo camino al motel.

La habitación está oscura cuando salgo del baño. Demetrio está en su ropa de noche habitual: ahora es una trusa blanca de Calvin Klein. Está parado junto a la ventana, observa algo a través de la persiana entreabierta mientras se rasca una nalga. Demetrio tiene unos pies horribles, seguramente deformados por el fútbol, pero qué redondas y gloriosas son sus nalgas. Ven, Andy, mira.

Hay una pareja cogiendo con la ventana abierta en la habitación frente a la nuestra. Susurra como si la pareja pudiera oírnos. De pronto recuerdo mis torpes juegos con Román: siempre, aunque nunca había nadie más en casa, le hablé susurrando, perpetuando la vergüenza y la consecuente secrecía del acto sexual. La culpa católica manifestándose de nuevo. Avanzo

hasta Demetrio y me detengo a su lado. La ventana no es muy ancha y puedo sentir cómo mi brazo roza los vellos de su brazo por falta de espacio. Puedo escucharlo tragar saliva. Mi sangre está a punto de ebullición, los torrentes irrigan e inundan mis cuerpos cavernosos.

¿Tú crees que lo hacen a propósito o no se han dado cuenta? No sé, respondo.

Debe ser muy excitante saberte espiado, ¿no?

Pinche subidón, digo. Me percató de que ahora soy yo quien no es capaz de decir más de dos palabras. ¿Será muy evidente? ¿Notará Demetrio la tensión en mis mandíbulas, notará que mi voz se debilita, que llevo las manos cruzadas al frente para ocultar mi erección? Como si pudiera leer mis pensamientos, su respuesta no se hace esperar.

Te gusta, ¿verdad?, susurra. Pinche vato marrano. Su cara está a escasos milímetros de la mía. Siento su nariz hundirse en mi cabello mientras desliza su mano por mi espalda y desemboca en una caricia en mis caderas.

Qué haces, cabrón, le digo exaltado. Intento evitar el contacto con su cuerpo pero el mío se resiste a obedecer. Sólo consigo chocar contra él. Demetrio se acerca un poco más. Su erección es apenas sometida por el elástico del calzón, pero ésta no duda de su potencia y lucha por desbordarse, alzarse sin continentes. Él presiona su pecho contra mi espalda, su verga contra mi culo.

¿A poco piensas que no me doy cuenta cómo me ves cuando estoy sin camisa? ¿Cómo se te pone dura y me desvías las miradas cuando fumamos mota? Sus labios tocan mi oreja.

Me habla a media voz. Siento su aliento húmedo y me eriza la piel.

Estás borracho, es todo lo que atino a decir.

Sé lo que hago, responde y me abraza por atrás. Lleva una mano a mi vientre y me sujeta contra sí mientras, con la otra, comienza a frotar suavemente mi sexo, a través de la ropa. No puedo más. Echo mi cabeza hacia atrás, le ofrezco mi cuello y él lo besa. Se me nubla el entendimiento y yo me entrego al hervor.

Demetrio mete sus manos por debajo de mi ropa, escalan mi espalda, mi pecho. Jala con impaciencia, me saca la camiseta y la pantalonera. Entonces nos veo allí, en medio de una habitación de un motel a kilómetros de nuestras casas, lejos de Román, de Marina, ajenos a todo freno. El uno frente al otro, desnudos, sin sentir vergüenza. Demetrio me llama Flaco, su respiración entrecortada, y de pronto no hay más inseguridades. La nula distancia entre nuestros cuerpos no deja lugar para la timidez. Sus manos tienen dientes y yo dejo que me arranquen la carne. Me abandono a su apetito. Cuántas veces fantaseé con un encuentro así, Demetrio.

Mi boca busca su boca con desesperación pero Demetrio me esquivo. Me empuja contra la pared y deja que su lengua resbale por mi cuello. Muerde mis pezones duros y yo aprieto un mechón de su cabello entre mis manos. Me aferro a su cabeza, la atraigo con fuerza hacia mi pecho, quiero que su barba se refriegue contra mi piel. Que lo raspe todo. Scrub my skin away. Make it new again.

Nos alejamos de la ventana y del muro. El instinto me dicta que lo empuje hacia la cama. Él cae de espaldas, se apoya con los brazos. Yo me lanzo contra él, contra su piel reluciente. Demetrio suplicio. Demetrio redención. Extiende sus brazos como águila que emprende el vuelo. Entonces hundo mi nariz en sus axilas. Lamo su sudor, ese sudor que escurre hasta su pecho, que hace casa en su ombligo y se desborda para mostrarme el camino. Demetrio cierra los ojos. Dirige mi cabeza hacia el pubis. Allí beso sus muslos. Dejo caer la punta de mi lengua en sus testículos y subo, lentamente, hasta la base de su falo y continúo hacia la cabeza hinchada ante la anticipación de mis labios. Tomad y comed de él, parece decirme, porque este es mi cuerpo que entrego a ti.

Luego de unos minutos, no sé cuántos —no soy consciente del tiempo, no quiero pensar en él—, Demetrio se arquea y me aparta. Él tampoco desea que esto termine aún. Posterga la explosión. Me pone boca arriba, inmoviliza mis brazos, me somete. Vuelvo a buscar su boca, Demetrio titubea un poco y al fin permite el encuentro. Cuánta sal en su sudor y cuánta miel en sus labios. Me entrega su lengua que abrasa y casi reduce la mía a cenizas.

Cuando abro los ojos, Demetrio me observa. Su mirada es súplica. No hace falta decir más. Asiento en silencio. Entonces, como si siempre hubiera sabido cómo hacer, mete sus dedos en mi boca. Los moja en mi saliva y los lleva hacia mi culo. Vuelve a mojar sus dedos, esta vez con sus propia saliva y se asegura también de lubricarse él. Su verga encuentra rápidamente el camino.

Yo cierro los ojos. En este momento la ciudad, la pareja en la habitación de enfrente, Marina y las putas northern lights se reducen a nada. Rodeo a Demetrio con mis piernas y me preparo. Demetrio me sacude y me rindo a sus embates. La lucha se prolonga durante algún tiempo que no puedo precisar hasta que ya no puedo más, Señor, a ti me encomiendo. Entonces Demetrio se convulsiona y estalla en mí. Luego me derramo y las aguas vuelven a estar en calma.

La agonía es dulce. Todo alrededor me da vueltas. Cierro los ojos y allí, en medio de esa ceguera, la veo.

La aurora boreal.

Vinje
↓
aurora
borealis
el
campo
de
otro

Lo inmoral

¿Por qué, si yo mismo defiendo el ideal antiguo, aquel que prevalecía en las sociedades del pasado, donde la posibilidad del acto sexual era indistinta al género, sigo perplejo? Es cierto que encuentro irrelevante la inclinación hacia hombres o mujeres, que estoy convencido que a veces dos personas se encuentran y la afinidad es tan profunda que se logra una especie de consciencia compartida, un amor elevado que sobrepasa cuestiones tan ordinarias. Quizás sea porque siempre consideré que tu hipermasculinidad era inamovible. O acaso porque nunca pensé posible que esto me sucediera precisamente a mí. En todo caso, Demetrio, estoy un poco aturdido. Pero es un desconcierto agradable, debo confesarte. Fue el instante inesperado más esperado de toda mi vida, si me permites la paradoja. No sé cuántas pajas te he dedicado, cabrón. De cualquier modo no he dejado de darle vueltas al asunto.

Trato de recordar algún momento en nuestra historia, algún indicio que explicara tu repentino interés por los hombres.

Dime tú, Demetrio, ¿se trata de un interés generalizado o es únicamente hacia mí? Estoy saltando a conclusiones. Por supuesto que aún no lo sabes, recién lo estás descubriendo. You don't know the answers more than I do.

Pienso en las investigaciones de Kinsey. Este dude decía que un individuo es capaz de responder eróticamente a cualquier tipo de estímulo, sin importar su procedencia. Qué fuerte, ¿no? Decía que era un instinto básico de las especies. Y creo que este cabrón sabía de lo que hablaba. He knows his shit.

Me acuerdo, por ejemplo, de cuando Sarmiento nos dejó a leer Lolita para la clase de literatura. Estábamos discutiendo en el salón y entonces llamó a Zapata al frente. Lo puso a leer uno de los pasajes más cabrones de la novela. Ya de entrada el pobre no era el mejor lector, y la escena descrita lo hizo tartamudear, ¿te acuerdas? Estaba sudando, yo pienso que de no ser porque estaba frente al grupo, no hubiera podido contener una erección. A lo que voy con esto es: una novela es capaz de conmovier y hasta de excitar a una persona, sin importar su orientación sexual. Si las circunstancias son adecuadas, todos somos capaces de responder a un estímulo. Ese es el poder de la literatura. Actuar sobre estos impulsos no nos hace menos hombres o mujeres. No nos hace unos enfermos, tal como sentirse perturbado por Lolita no convierte al Zapata en pedófilo. Y ojalá las sociedades pudieran comprender mejor esto. Todos seríamos más felices si nos sacudiéramos los prejuicios y nos permitiéramos sentir, ¿no crees? Darle libertad al instinto. Al final, lo verdaderamente inmoral son los límites, Demetrio. Lo verdaderamente antinatural es no transgredir.

Wyoming

Seis

Las noches de Wyoming son frías. Son estos llanos, me imagino. The Great Plains. No hay nada que impida el paso del viento. En Denver nos quedamos una noche más: durante el día, sight-seeing; por la tarde, bar-hopping, y volvimos al motel a descansar un rato. Hicimos el amor. Demetrio me buscó a tientas y volvimos a hacer el amor. Y me atrevo a llamarlo así porque ahora no venció la torpeza desesperada del primer encuentro. Ahora la pasión fue más contenida y creo que eso dio lugar a un sentimiento como de ternura. No sé cómo explicarlo. Coger lo haces con cualquiera, no hace falta sino que ambos traigan ganas. Pero esto fue distinto. Pienso en ello y comienzo a entenderlo más bien un acto de amor entre dos amigos que han llegado a conocerse de una manera tan íntima que se dan sin reservas. Como si fuera lo único que faltara. Pienso en todo esto mientras Demetrio duerme, tratando de hallarle un sentido. Armar el rompecabezas. Sí, creo que para hacer el amor hace falta que

haya comunión: un cruce de miradas para conectar con el otro, con sus aspiraciones y sus miedos. Una confianza que no encuentras en un extraño, pues. Cuando se da esta comunión, estrechas lazos con el otro. Entonces puedes tocar su centro. El sexo es instintivo y primordial, pero esto... esto fue un acto de reconocimiento entre dos hombres que se respetan y se quieren. Este encuentro fue un intercambio espiritual.

Después del momento de serenidad e iluminación, Demetrio se reincorporó. Yo quise retomarlo, lo tomé por el brazo a manera de súplica. Quería que se quedara, que me dejara dormir apoyado en su hombro, tan cerca de su axila, pero él apartó mi brazo y lo acomodó sobre la cama, se reclinó sobre mí y me dio un beso suave en la boca. Luego volvió a su cama. Ahora lo pienso y entiendo que Demetrio aún necesita espacio. De cualquier forma, ese beso me decía que no me rechazaba, que necesito dejarlo avanzar a su ritmo. Ese beso fue una promesa, así que le entrego las llaves y lo dejo que a partir de ahora, sea él quien nos conduzca.

Luego de un rato sonó la alarma y nos levantamos. Salimos de madrugada porque yo quería cruzar la línea estatal antes del amanecer. Tenía la idea, ridícula e ingenua, de ver las montañas de Brokeback Mountain, firsthand. Sólo que en este extremo del estado no hay montañas y los paisajes de la película no son realmente Wyoming, sino Canadá. Fuck my luck. Así que ahora estamos en el culo del mundo, en algún rest stop junto a la carretera, al norte de Kaycee. El viaje ha resultado, por lo demás, lo contrario a decepcionante.

Cruzamos por Casper en las primeras horas de la mañana y nos detuvimos sólo en una convenience store. Compramos algunas provisiones: pan y jamón para hacer sandwiches, agua, sodas. Dimos algunas vueltas sin alejarnos mucho de la autopista pero no había mucho que ver. Casper es una ciudad chata. A donde quiera que mires todo es extensión. Puro fuckin' sprawl. Nos hicimos algunas instantáneas frente al Rialto Theater, nos fumamos un porro y nos largamos.

Como sea, esto será el culo del mundo pero ya se ganó un pin en el mapa, un lugar en los sitios de interés de nuestro roadtrip, un reconocimiento especial porque en este paraje aislado Demetrio y yo nos acostamos por primera vez a plena luz del día. Supongo que debo interpretarlo como un signo de mayor seguridad de su parte.

Llevábamos más de cinco horas en carretera. Había que detener el carro para descansar y entrar al baño. Yo necesitaba echarme agua en la cara porque debía tomar el siguiente turno al volante. Pero entonces el calor de la mañana nos alteró y terminamos revolcándonos detrás de unos matorrales. Luego de nuestro combate, Demetrio cayó en este sueño profundo que me ha dado chance de divagar.

Su barba está más crecida y ya no se ve tan dorada. Se ha oscurecido y sólo cobra algunos destellos rojizos cuando le da la luz del sol, como ahora. Se empieza a parecer a su padre, sólo que sin las gafas. Estamos recostados sobre la yerba y yo juego a meterle una ramita en el ombligo, a pasarla por su vientre, por ese caminito de vello rubio que lleva hasta su sexo

Belleza

es increíble
el tamaño del
vello,
con
mucha
virilidad

en reposo. Nos observo. Vaya par: él, rubio de ojos verdes tornasolados, un cuerpo naturalmente formado y piel dorada; por otro lado yo, un tipo flaco y de piel blanquísima con los ojos color avellana y el cabello de un cobrizo oscuro.

Supongo que Demetrio siente un poco de cosquillas porque se lleva la mano al vientre, se sacude alguna hoja imaginaria y abre los ojos.

Wakey wakey, sleepyhead, le digo.

Sonríe. Tiene esta forma tan irresistible de encender su rostro cuando sonríe. Es como si activara un botón de on/off.

Hey, Flaco, me responde. Entonces se reincorpora para subirse la ropa interior y los jeans. Me encanta verlo vestirse. Más allá del acto sexual, supongo que es conocer este tipo de detalles privados lo que acerca a las parejas. Verlo despertar, lavarse los dientes, vestirse frente al otro con tanta naturalidad. Es otro nivel de intimidad.

Hace hambre, ¿no?

Demetrio se levanta y corre con el torso desnudo hacia el carro. Cuando regresa, viene comiendo un durazno. Está parado frente a mí. Verlo así, a contraluz, semidesnudo y mordiendo una fruta carnosa, me provoca tenerlo dentro de mí otra vez. Cómo lamento no tener la Polaroid a la mano.

¿De dónde sacaste ese durazno?, le pregunto.

Me lo robé del Kum & Go, dice con una sonrisilla y su cara de niño travieso. El niño travieso que al fin alcanzó el jarrón de las galletas sin el conocimiento de sus padres. Da unos pasos al frente y se vuelve a echar en la yerba, junto a mí. De pronto

siento el impulso de vestirme yo también, pero él me detiene. Me acerca el durazno mordido a los labios y me lo ofrece.

Prueba, dice. Está muy jugoso.

Recibo el fruto de sus manos en mi boca. El sabor es muy dulce. Aún nos falta un buen tramo por recorrer, para llegar a Alaska, pero ya he podido ser testigo de lo majestuoso. Este viaje, con todos sus matices, ha sido la gran experiencia de mi vida. Apoyo la cabeza sobre Demetrio, sobre el hombro firme de Demetrio y pienso cómo las cosas suceden en el momento adecuado. No antes y no después.

No hemos hablado del asunto desde que sucedió. Demetrio nunca se mostró incómodo pero tampoco dijo nada al respecto y yo pensé que lo mejor era dejarlo llegar a términos con su sexualidad, que ya llegaría el momento de tener esta conversación. Es sólo que ahora me invade la necesidad de comprender mejor qué carajo siente Demetrio. Si me contara, tal vez yo podría ayudarlo.

¿Estás bien?, le pregunto.

Sonríe. Claro, Flaco, me responde. ¿Por qué no habría de estarlo?

Me refiero a nosotros, a esto que está pasando. ¿Estás bien? Andy, de verdad estoy bien. Fui yo quien tomó la iniciativa, ¿lo recuerdas? La decisión fue mía, y fue consciente. Te lo dije esa noche en Denver: yo sabía bien lo que estaba haciendo. No estoy atravesando ninguna crisis de identidad y coger contigo no me supuso un conflicto emocional.

Su voz suena tan serena y eso me desconcierta aún más. ¿Es

posible que pueda estar tan tranquilo? Definitivamente aún no ha pensado en la avalancha que se nos viene encima, todo lo que tendremos que enfrentar a nuestro regreso. Pero claro, aún no llegamos a la aurora boreal: todavía no le cae el veinte de que este viaje no durará por siempre y cuando termine, entonces habrá que explicarle mucho a tanta gente.

Good to know, le digo. Lo que pasa es que no habíamos tocado el tema y yo quería estar seguro. No sé, ¿qué fue lo que te movió? ¿Por qué ahora? ¿Por qué yo?

Son muchas preguntas, Andy.

Demetrio saca de su bolsillo un paquete de chicles, lo abre y saca un porro que habíamos dejado a medias. Lo enciende, da la primera calada y después me lo extiende. Yo me acerco a sus labios. Quiero aspirar el humo directamente de su boca, pero él me aparta y me vuelve a ofrecer el gallo. Tranquilo, me dice. Qué remedio. Fumamos y volvemos la vista al cielo, echados sobre la hierba.

No sé si pueda responder a todas esas preguntas, continúa. Lo que puedo decirte es que hace tiempo que fui notando cómo me veías, cómo bajo ciertas circunstancias te ponías súper nervioso.

Todavía me pones nervioso, interrumpo.

Al principio me sentí extraño, ¿sabes? Pero luego se sentía bien tener tu atención. No sé qué más responder. No sé por qué ahora, tampoco es como que haya planeado esto. Se prestó la situación, supongo.

¿Y por qué yo?

¿Y por qué no? Pues, porque eras tú a quien notaba excitado, a nadie más, responde Demetrio. Y de cualquier forma, no creo que hubiera podido suceder con otro güey. A ti te tengo mucha confianza. Casi creo que es lo único que no habíamos compartido.

Pienso que tiene razón y de algún modo me confirma lo que pienso: lo nuestro es un acto de reconocimiento entre dos hombres que se respetan y se quieren.

Suspiro y aspiro de nuevo. Después le paso el porro a Demetrio. Él le da la última calada antes de apagarlo.

Lo siento, Flaco. Quizás todo esto haya sido una mala idea, me dice. Yo no estoy confundido, pero de lo único que sí me arrepentiría y me sentiría terriblemente culpable es de que acostarnos te confundiera a ti.

Estoy muy pacheco y muy caliente, le digo. Mejor hablamos en otro momento.

Entonces Demetrio me pone la mano en el paquete. ¿Uno más antes de volver a la carretera?, me dice.

No respondo. Simplemente le bajo el zipper, hundo mi nariz y me sacio en la abundancia de su sexo.

Ain't no Google Maps for this road

*Mejor de la
102 - oscuridad*

De niño tenía un sueño recurrente: estaba de campamento con mi papá. Era un bosque, no sé bien dónde. Creo que era en Gila porque, eso sí, recuerdo que había hot springs. En algún punto de la noche me salía de la tienda porque no podía dormir y me estaba meando. El caso es que estaba súper oscuro y de pronto, ya no sabía dónde estaba. Me había perdido y no encontraba el camino de vuelta. I was shitting in my pants, man. Dos cosas me producen terror: la oscuridad y perderme. ¿No te lo había contado? Esa es la razón del lighthouse de mi tatuaje. Es una luz para ayudarme a volver a puerto en medio de la oscuridad.

Hay ocasiones, sin embargo, en las que uno se ve obligado a caminar en medio de la noche oscura. Sin faros. Entonces no hay más remedio que andar hacia adelante, con las manos al frente —a tientas— evitando a toda costa dar tumbos. Tratando de no hacernos daño. Pero hay otras veces en las que uno camina a plena luz del día y la sensación de bienestar

es inmensa. Ahora es de día, Demetrio. Sólo que el sol es tan luminoso y su luz tan brillante y cegadora, que tengo que andar el camino con los ojos cerrados. De modo que tampoco tengo claro el camino.

Así ha sido este viaje contigo. No me refiero sólo a la carretera, a nuestro viaje al norte: hablo de todo. Conocerte, amarte en silencio, luego tenerte. Siento la resolana que llega a mis mejillas, a mis manos extendidas. Sé que es el sol que me acaricia la piel pero sólo puedo ver su luz a través de mis párpados. Demetrio resplandor. Demetrio ceguera.

¿Recuerdas el año que me fui de intercambio de estudios a la Ciudad de México? Nunca me había sentido más desorientado en mi vida. No hay forma de saber cuál es el norte y cuál es el sur en esa ciudad. Sales del metro sin saber hacia dónde tirar. Preguntaba en la calle pero pedir ayuda era más confuso que ir pateando latas hasta dar con un punto de referencia. La gente me mandaba a caminar tres cuadras en una dirección, luego otra persona me decía No, güerito, anda bien lejos, y allá voy de vuelta a desandar los pasos. Pantitlán, Observatorio, Indios Verdes, Universidad, Cuatro Caminos, Taxqueña. Oriente, Poniente. Pinche De Efe, es inabarcable.

Pero, ¿sabes una cosa? Lo que aprendí ese año fue a confiar, Demetrio. No sé en qué exactamente. El destino, pon tú. O en mi habilidad para abrirme paso y encontrar el camino. No. No es nada New Age ni esas mamadas de superación personal. You know I fucking hate that shit. Creo que es más bien como cuando no sabes nadar, y entre más intentas

avanzar, más te hundes. Todo es cosa de que te calmes, que dejes de dar patadas, para que te descubras flotando. So I embraced the unknown. Una vez que cedí, que acepté la idea de estar perdido, no me quedaba más que caminar y en algún momento encontraba el rumbo. Entendí que se pierde quien no tiene paciencia.

Yo quiero ser paciente con esto, Demetrio. Con lo nuestro. Estoy súper consciente de que todo individuo construye su identidad en tiempos distintos, de formas distintas. Aunque ahora mismo el camino no sea claro, me doy licencia de perderme. Demetrio camino. Demetrio inabarcable. Demetrio incierto.

Así voy contigo, caminando a ciegas y pateando latas. Dándome el tiempo de conocer tus esquinas, tus intersecciones y tus callejones sin salidas porque en esta situación no hay brújula que me pueda dar el norte.

There ain't no Google Maps for this road.

Siete

Hay un par de camionetas y un carro estacionados pero ni un alma visible en el rest stop y, salvo un trailer que encendió motores y se marchó hace unos veinte minutos, tampoco se escuchan ruidos. El estéreo está encendido pero el volumen apenas marca dos rayas. A ese nivel la música se confunde con el rumor de los carros que pasan sin detenerse por la carretera US 87. La noche es una de las más estrelladas que he visto en mucho tiempo. Este cielo en sí ya es una visión maravillosa, no puedo imaginar lo que será ver las luces de colores sobre un fondo de por sí alucinante. Northern lights.

El asiento trasero del Chevy Nova está cubierto por una cobija que compramos en Billings. Encima estamos nosotros, Demetrio y yo, semidesnudos. El espacio es mínimo pero con él, yo me siento lo más cómodo en las posiciones más incómodas. El parabrisas trasero de pronto me parece una pantalla widescreen, es como ver el mundo a través de las películas en un autocinema. Me imagino que así debe ser,

pues. Más o menos, nunca he estado en uno. Puta, ni siquiera recuerdo la última vez que fui al cine a ver una película. Netflix nos robó esa experiencia.

Así estamos, entonces. Two lover boys gazing out to the night sky. Tan cerca los cuerpos, tan comprimidos, que parecemos un solo amasijo de brazos y piernas. La luz de la luna deja un halo plateado apenas perceptible sobre su cabello. Comienzo a darle pequeños mordiscos en la oreja. Demetrio ríe y me dice que pare pero yo ignoro su petición. Le paso la punta de la lengua muy suavemente sobre su lóbulo y la introduzco en la concha. No hace falta más. Mientras él desliza sus briefs hacia abajo y permite que su mástil se alce, pienso que hemos atravesado cinco estados. Pronto habremos cruzado a otro país. Considero como un gran logro en nuestra historia personal haber cogido en cada estado que hemos pisado. Sólo tenemos pendiente New Mexico, pero ya ajustaremos cuentas en el camino de vuelta. ¿Texas? Siempre podremos hacerlo en Texas.

Inclino mi cabeza para lamer las axilas de Demetrio. Acaricio su sexo. Lo siento crecer no tan lento en mi mano, hincharse de sangre en mi mano, mojar mi mano. Entonces me llevo los dedos a la boca y chupo sus jugos. El sabor a hombre es amargo intenso pero con un dejo ligeramente dulce. Con el gustillo a Demetrio aún en la boca, me acerco a sus labios y lo beso. Esto parece encender aún más sus ánimos. Me sienta sobre él. No se molesta en quitarme la ropa interior: hace a un lado la tela y desliza su verga entre mis nalgas, poco a

poco, sin entrar aún. Nuestras bocas son un par de calderas que vierten sus lenguas de hierro líquido. Afuera, la noche es fría y serena pero dentro del carro se podría fundir metal. Si alguien pasara ahora mismo junto a nosotros, no podría ver nada porque se han empañado los cristales con el calor de los cuerpos.

Demetrio me aprieta contra él, hunde su cara en mi pecho. Moja mis pezones, los muerde. Su saliva quema y me retuerzo. No puedo más. Me olvido de todo preámbulo y me acerco a su oído. Métemela, le susurro, impaciente. Quiero tenerlo dentro, sentirlo todo pero Demetrio no atiende a mi súplica. Continúa restregando su virilidad contra mí, deslizándola entre mis nalgas. Entonces alzo la voz. No sé qué fuerza me obliga a hacerlo, algo empuja dentro de mí, desde mi plexo solar y sale casi como un grito.

Métemela, carajo.

Mi voz debió parecerle enérgica porque su cara no oculta sorpresa y acaso un poco de terror. Demetrio obedece al instante. Así, sin saliva, se hunde en mi cuenca. Aprieto los ojos. Me parece verlo cerrar los suyos porque también a él le duele. Demetrio entra con tal fuerza que desgarrar mi carne, con cada embate me arranca la vida y yo se la entrego sin remilgos. No gimo, grito. Por primera vez me permito gritar porque me rehusé a hacer el amor en silencio. En secreto. Fuck it. Reniego de toda culpa. Reniego del pudor. Este paraje está tan desolado que no nos presta oídos ni la virgen. Esto es en lo que creo ahora. En el milagro de dos hombres

que se encuentran, entre miles de personas, y se vierten el uno en el otro. Cada vez que lo hacemos, Demetrio vierte mucho más que su semen en mi cuerpo. Así que ahora grito.

Sigo montado en él. El ritmo febril de mi cadera en perfecta sincronía con su pelvis. Cuánto bien me haces, Demetrio. Quédate dentro de mí. Quédate para siempre, amor. Busco su beso pero hace un movimiento brusco y se levanta. Ahora estamos de rodillas, sobre el asiento del carro. Demetrio me toma por la espalda. Me toma con violencia. Con la cara contra la ventanilla, arqueo la espalda mientras Demetrio me jala los cabellos. Su otra mano me toma por la cadera, me aprieta las nalgas. Deja una marca roja sobre mi piel. Me atrae hacia él y me muerde los hombros. Lo escucho jadear. Yo lo dejo volcarse por completo. Antes de mis experiencias con Román, siempre supuse que era así como cogen dos hombres: con fuerza desmedida y movimientos bruscos, desesperados, incontenibles. Rough and wild.

Demetrio se agita, emite unos sonidos guturales y comienza a embestirme con más fuerza, más rápido. Sus embates son profundos y tocan mi centro. Yo grito también. Quiero más. Lo quiero todo. Lo quiero ya. Siento cómo la lava sube desde mis adentros, corre por mi vientre. Hago erupción.

Demetrio no tarda mucho tiempo después. Aún siento mis pulsaciones en las sienes, en mi falo aún rígido y mojado, por todo mi cuerpo cuando también él se derrama dentro de mí. Con la respiración todavía entrecortada, me invade la euforia. Comienzo a reír. Busco los labios de Demetrio pero está lívido y serio. Intenta apartarse.

No te salgas todavía, le digo, pero él retira su miembro que comienza a languidecer. Toma un pañuelo desechable y tan pronto termina de limpiarse, se apresura a enfundarse los jeans. No entiendo. Él abre la puerta del coche para ajustarse mejor la ropa. Se sube el zipper. El frío de la noche se cuele y yo me recojo contra la esquina del carro.

What the fuck?

Voy a echarme agua en la cara y nos vamos, dice.

Sus mirada es esquiva.

Los señalamientos de la carretera pasan tan rápido que apenas alcanzo a ver en dónde estamos: Entering Great Falls. El último bastión de vida civilizada antes de alcanzar la frontera con Canadá. El pie de Demetrio no se separa un milímetro del pedal del acelerador. Está serio, puedo notarlo.

¿Estás bien?

Demetrio asiente con un solo movimiento de cabeza. No deja de cantar encima de la voz de Kurt Vile. All I want is to just have fun, live my life like a son of a gun. Comienza a dar golpecitos sobre el volante, a modo de percusiones.

Te noto muy serio desde que salimos del rest stop, le digo. Estás muy raro.

Tú y yo seguimos siendo amigos, dice. Es decir, podemos hablar de todo, ¿no?

Puedes decírmelo todo, respondo.

No quiero hacerte sentir mal, es todo.

¿Por qué habrías de hacerme sentir mal?

Prefiero no darle importancia, dice. Quiero pensar que fue una de esas cosas que uno dice sin darse cuenta, en el calor del momento.

Demetrio hace una pausa, como esperando some kind of input de mi parte. No tengo idea de qué está hablando, así que me quedo callado. Desvía la mirada de la carretera un segundo y creo que debe notar la interrogante en mi cara porque vuelve a hablar, no sin antes poner los ojos de nuevo en la carretera.

Hace rato, en el resting point, dijiste algo. Seguro no lo pensaste, fue algo como "mi amor". No sé, algo...

Fuck me, pienso. Ni siquiera me percaté de que hubiera dicho algo así en voz alta. He tratado tanto de contenerme, de no presionarlo. Había decidido entregarle las llaves y dejar que fuera él quien condujera, que decidiera a qué velocidad ir y qué salidas tomar. Ahora yo, de manera inconsciente, le ponía un letrero de road block en medio del trayecto.

Me sacó un poco de onda, es todo, agrega. Don't wanna mess you up.

Perdóname, le digo. Ni cuenta me di que había dicho algo así en voz alta. I was horny, OK. No tengo intención de presionarte, este tren lo llevas tú. Aunque sí creo que debemos ir pensando cómo vamos a decirle a Marina.

¿Marina? ¿Qué tendría que decirle a ella?

La voz de Demetrio se endurece como si intentara ir a juego con su rostro desencajado. Sus facciones descompuestas en un gesto que jamás le había visto. De pronto siento el jarrón

de agua fría en la cara. Empiezo a entender todo. Me dejé guiar por esa mágica sensación de la ingenuidad. Cómo pude ser tan idiota. El nudo en mi garganta me impide articular palabra alguna.

No habrás pensado que esto iba a durar siempre, Andrés. No sé muy bien qué había pensado respecto a nosotros, le respondí. Pero, no sé, imaginé que tal vez después de esto, tú y Marina...

Yo quiero a Marina, me dice. Y sus palabras cortan el aire entre nosotros, llegan como cuchillas hasta mí. De pronto soy un espectáculo de circo: soy la persona contra la diana. Demetrio lanza las cuchillas y da siempre en el blanco. Aquí, en mi cabeza, en el pecho. Acá en mi vientre y mi sexo. Entre el público, Marina se ríe. Todos se ponen de pie y aplauden a Demetrio. Hijo de su puta madre.

Párate, le digo.

Andy...

Necesito que te pares, insisto.

Dentro de los límites de la ciudad, la carretera US-89 se incorpora a la avenida con un flujo regular. Demetrio se orilla a la izquierda y dobla en la siguiente esquina. Detiene el carro en un Town Pump. Abro la puerta y avanzo con los puños apretados hacia los baños de la gasolinera. Estoy confundido, no sé qué hacer. Me doy la vuelta y decido regresar al carro. Abre la cajuela, le digo.

Demetrio está parado junto a la puerta abierta del piloto, los brazos cruzados sobre el techo de su Chevy Nova. Me observa desconcertado. Me pide que me tranquilice. Vuelve al

carro, dice. Vamos a hablar con calma. No puedo. No puedo mantener la calma ahora.

Si es verdad que siempre estuviste seguro de casarte, ¿por qué cogiste conmigo, chingada madre?, le grito. El semáforo está en rojo. Un carro está haciendo el alto y dentro, un par de ancianas copetonas nos observan, seguramente sin entender una palabra de español.

Why did you fuck me?, le grito. Nomás por joder. Por avergonzarlo a él frente a esas gringas. Por escandalizarlas a ellas que están pendientes de algo que no les interesa. Su reacción es de absoluta condena. Go fuck yourselves, too, ladies. Demetrio viene hacia mí, los brazos extendidos. Me toma y me aprieta contra él.

Tranquilo, Flaco, me dice.

Vete a la mierda, cabrón.

Aprieto los dientes. Siento que la rabia está a punto de brotarme de los ojos. El semáforo cambia a verde. Los carros retoman su marcha. Las lágrimas me impiden ver otra cosa que no sean luces difusas.

Kintsugi

Mi madre tenía una vasija de cerámica de Mata Ortiz que había comprado en Paquimé. Le encantan esos patronos que pintan sobre ellas. Le gusta toda esa estética de las culturas de Chihuahua. Esa pieza la tenía en un librero. En mi casa, a diferencia de la tuya, los libreros se utilizan para poner floreros, vasijas o figuritas de porcelana. Un día estaba yo jugando con un balón en la sala. Ya te he contado que siempre fui torpe con todo lo que se refiere a los deportes. Andrés Bravo, un balón, un librero lleno de figuras de cerámica: la auténtica receta para el desastre. Las madres deberían saber que estas cosas no son intencionales. Me partió a nalgadas cuando descubrió que había roto su vasija de Mata Ortiz. Después me mandó a mi habitación con la advertencia de no salir hasta la hora de la cena. Le hice caso: me retiré a mi habitación, pero antes tomé todas las piezas que pude rescatar y traté de unir las con resistol. Creo que al enterarse de mi intención de reparar el daño, mi madre se sintió avergonzada. No dijo nada, pero me revolvió el pelo y dijo que no tenía que quedarme encerrado el resto de la tarde.

Muchos años después leí un artículo en internet. Some Japanese shit: hablaba de cómo cuando una vasija de cerámica presenta grietas, se la manda a reparar porque esas fracturas ya forman parte del objeto. Nada extraordinario hasta aquí, ¿cierto? El asunto es que esas reparaciones no se hacen con algún material que resane y disimule las heridas. Se hacen con una resina mezclada con polvo de oro o plata porque, y aquí está lo hermoso de todo esto, las cicatrices deben mostrarse con orgullo en lugar de ocultarse. Qué chingón. Le llaman kintsugi. Sí, como el álbum de los Death Cab for Cutie. Los japoneses creen en eso, que hay que hacer evidente la historia y la transformación del objeto roto: esas vetas se incorporan a su forma y lo transforman en algo nuevo. Algo más bello. Y más resistente, por supuesto, porque la vasija o el jarrón se vuelve más fuerte justo ahí donde antes estuvo fracturado. Pienso que lo mismo sucede con la gente: las personas más bellas y más humanas son las que alguna vez han estado rotas. Nunca he estado en Japón pero quizás deba anotarlo en mi bucket list. Para ti eran las auroras boreales, Demetrio. Las luces del norte. Yo quise emprender ese viaje contigo but it's always been about you. Y no te estoy culpando de todo lo sucedido. Mierda, yo soy tan responsable como tú. Acaso ya viniera con algunas grietas pero, sabes algo, Demetrio, este roadtrip me dio contra la pared y terminó de romperme. Tú le habrás dado en su madre a mi vasija pero fui yo quien la puso en tus manos.

Ahora estoy roto, Demetrio, pero tú tranquilo. Estas fracturas que ves van a soldar. Ahora son parte de mi historia y no

pienso ocultarlas. Llevaré con orgullo mis cicatrices de guerra porque, estoy seguro, también yo me volveré más fuerte en esos puntos que alguna vez fueron vulnerables.

Kintsugi.

Lo repito como un mantra.

Kintsugi.

Kintsugi.

Ocho

Despierto cuando el autobús se detiene. Despierto con la idea de ver a Demetrio a mi lado, al volante del Chevy Nova, cada vez más cerca de Alaska y de las auroras boreales. Lo que encuentro, en vez de eso, es la cara enrojecida y abotargada del gringo que viaja en el asiento de junto. Me sonrío con su falsa cordialidad y dientes amarillos.

Howdy, young fella, me dice. Esbozo una sonrisa y levanto la mano a modo de saludo. No sé si realmente no se entera que me resulta molesto o nada más se hace pendejo. Nunca he sido muy hábil para ocultar cuando alguien me desagrada. Pensé que le había quedado claro antes, en Sweetgrass, cuando esperábamos la revisión de los agentes migratorios para entrar a Canadá por Coutts.

Say, that passport says "Mexico", me dijo entonces. But you don't look like no Mexican, son.

Guess you've never been around too many Mexicans, respondí con cara de pocos amigos. And I am not your son.

Una vez que saltamos la frontera, me coloqué los auriculares y encendí el iPod. Supuse que la música me ayudaría a mitigar un poco esta inquietud, pero cada dos o tres tracks salía alguna canción que me recordaba un momento específico del roadtrip con Demetrio. De modo que no hago otra cosa que repasar en mi mente todo lo que vivimos desde entonces, tratando de ubicar el point of no return. No logro encontrarlo. Llego a la conclusión de que esa línea la cruzamos aquella tarde en casa de sus padres, en Sunset Heights, en el estudio del señor Lontano. Estábamos pachecos, escuchando a M83. Yo empecé a ver la música de colores, como una explosión de luces de colores, cuando Demetrio sugirió el viaje. Entonces parecía una buena idea. Fast forward: discutimos en una gasolinera en Great Falls, Montana. Sin saber en qué momento se dio la segunda explosión. Sólo que esa no era luminosa: era oscura, se propagaba rápidamente, destruyéndolo todo.

No puedo explicarlo, me dijo Demetrio. Supongo que no quería casarme sin agotar todas las posibilidades de la experiencia humana.

No sé si me reí en su cara. Creo que lo hice. Ahora mismo me sigue causando risa ese discurso. Pero también me doy risa yo mismo, ¿qué esperaba? “Una última gran experiencia antes de que mi vida acabe”, ¿no lo había dicho el mismo Demetrio? Eso era esto para él: la oportunidad de explorar el abanico de la sexualidad humana. Un medio para rascarse la comezón antes de conformarse a la aburrida vida matrimonial. One last wet dream before the dull American dream.

Abre la cajuela, le dije. Neta, Demetrio. Déjame bajar mi maleta. No mames, Flaco. Súbete al carro, no seas necio.

Dame mi maleta,

¿Qué querías? ¿Que dejara a Marina por ti? Yo no soy maricón.

Sí que lo eres, le grité. Eres un grandísimo maricón porque no tienes los huevos para aceptar que me buscaste porque en el fondo no quieres casarte. No te engañes, esto no tiene nada que ver con tu orientación sexual: es tu miedo de llevar una vida mediocre. ¿Y sabes qué es lo peor? Que al final eso es lo que te espera porque a pesar de todo, te empeñas en casarte.

Chinga tu madre, me dijo. Demetrio se apresuró hasta la parte trasera del carro, abrió la cajuela y puso la maleta en el suelo. Luego cerró la cajuela de un golpe. Yo me volví a la puerta del copiloto. Tomé el iPod que aún estaba conectado al estéreo, saqué las polaroids que estaban sujetas a la visera y guardé todo en mi mochila. Ya regresaba por mi maleta cuando Demetrio, haciendo un esfuerzo por recobrar la calma, me dijo:

No seas tonto, ¿a dónde vas?

No lo sé, le dije.

Lo vi realmente preocupado y eso me conmovió muchísimo. No hay pedo, Demetrio, quise decirle. Ojalá que yo me equivoque y tu matrimonio sea lo más chingón de tu vida. Que sean tus auroras boreales en medio de la noche oscura. Pero no pude. Tampoco le deseo el fracaso, por supuesto, pero ahora mismo no podría aceptarlo abiertamente. Duele un chingo.

Andy, sólo quiero que quede claro algo, me respondió. Yo no

pretendía hacerte daño. No medí las consecuencias, pero si quise experimentar, compartir esto contigo, es porque para mí eres muy importante. No hubiera podido con nadie más. No sé, era como una exaltación de nuestra amistad.

¿Qué vas a hacer ahora?

No sé, repuso. Hasta aquí llega mi viaje, I guess. Me daré la vuelta, me desviaré a otra parte. Demetrio hizo una pausa. Supongo que soy un idiota si aún espero que seas mi best man.

Cuídate mucho, Demetrio. Le di una palmada en el brazo y me di la vuelta. Me puse los audífonos y me eché a andar. Ni siquiera quise escuchar cuando encendió el motor. Caminé algunas cuadras y me topé con el Río Missouri. Allí estuve un rato observando las aguas. Quiero decir, tratando de observarlas, porque en medio de la noche sólo podía adivinar los bordes de aquella boca oscura. Nunca pensé en saltar. Esas ideas siempre me han parecido tan ajenas. Sólo quería quedarme un rato ahí. Escuchar el flujo del agua me calma.

Quando era niño y había día de campo, solía quedarme horas ~~sentado frente al Río Bravo,~~ viéndolo sucederse siempre, mientras mis primos jugaban a las escondidas o a la trai. Me maravillaba la idea de que nunca fuera el mismo río. Cada vez que lo visitara o que metiera los pies en la orilla, sus aguas eran nuevas. Ahora el río está muy seco, rara vez hay corriente. En su lugar hay un triste canal de concreto que sirve de trinchera a los mojados que huyen de la migra. Qué antinaturales son las fronteras. Las físicas y las metafóricas. Me parecen horribles,

Río Bravo.

obscenas. Un atentado contra la humanidad. Siempre he rechazado la idea de la patria, sentir orgullo por un pedazo de tierra en el que naciste por puro accidente. Pienso que uno mismo construye su patria. Tal vez parezca ingenuo, pero yo creí que eso hacíamos Demetrio y yo, que construíamos juntos. No sé bien qué, pero este viaje, de algún modo, parecía levantar los cimientos de algo.

Luego de un rato pasó una patrulla. El policía se acercó hasta mí.

Everything OK, son?

Todo estaba bien. You got a beautiful river here, le respondí. Better stay off the edge, me dijo.

Yes, sir.

Entonces me di la vuelta y seguí caminando, arrastrando los pies sin rumbo, hasta que di con la terminal de autobuses. Allí pasé la noche hasta que hubo una salida a Calgary. No estaba pensando en nada, honestamente. Sólo pensé en avanzar en dirección opuesta a Demetrio.

Tengo en mis manos la instantánea que nos hizo el señor Lontano, antes de salir a carretera. Qué lejano parece ahora. Qué lejana la idea de Demetrio. Veo la foto y me parece tan familiar y a la vez tan distante. Como un actor al que conoces y quieres a través de sus películas. Nos veo sonrientes junto al carro vintage y pienso en James Dean en su Little Bastard. Abro rápidamente la Moleskine y anoto, antes de que la idea me abandone, el esbozo de algo. Un poema. A love letter to him.

“You were James Dean and I was your Little Bastard. And you would run this road with me until we crashed and burned. Until you crashed and died inside me.”

Entonces meto la fotografía entre las páginas y cierro la libreta. Ni siquiera la vuelvo a guardar en la mochila. Bajo del autobús y busco la salida de la terminal. Debo buscar un hotel para darme un baño, descansar y pasar la noche. Ya mañana buscaré algún vuelo. Es hora de volver al desierto.

Luces del norte

No me puedo quedar en el hotel. No sé si logre encontrar un vuelo a El Paso mañana. Tampoco sé a quién llamar para que me lleven del aeropuerto al departamento de Demetrio a recoger mi carro, pero me queda claro que no me puedo quedar en el hotel. Después de una ducha y una cena ligera, tengo ánimos suficientes para salir y dar una vuelta por Calgary.

Un poco por despecho y otro tanto por caliente, tomo el teléfono y abro Grindr, pero no tengo datos móviles y en mi afán de encontrar un hotel barato me vine a hospedar en uno que no tiene wifi. Qué remedio. La chica que atiende el frontdesk me dice que Calgary no tiene un distrito gay propiamente, pero que la mayor concentración de bares de ambiente la encuentro en el área del Beltline, al otro lado del río Bow. Le doy las gracias y tomo un taxi en la puerta. Unos minutos más tarde, el taxista me deja en el primer establecimiento que cruza nuestro camino: Twisted Element, en la Avenida II SW.

El lugar no es muy grande y tiene un aspecto de cabaret más bien modesto. La iluminación es escasa y, a pesar de que no hay pista de baile, una disco ball pende del centro del salón. Algunas mesas diminutas dispuestas frente a un escenario. Arriba, una drag hace de emcee. Parece la hermana borracha de Anjelica Huston. Intercala algunos chistes con la presentación de algún valiente que sube a cantar karaoke. Un vato medio chubby toma el micrófono y hace una reverencia a Anjelica mientras suenan los primeros acordes. Oh, just get on with it, you're not getting any of this, le responde ella mientras se lleva ambas manos a las tetas.

No tengo mesa. Estoy parado junto a una columna a la que le han montado una especie de repisa para colocar los tragos de aquellos desgraciados quienes, como yo, se atreven a entrar solos a un bar. Pido una Moosehead mientras escucho al gordito destrozar "That Don't Impress Me Much", de Shania Twain. Es fácil adivinar cuál es su mesa porque hay un grupo de fag hags que le hacen coros y aplauden excesivamente.

Hey, stud, escucho una voz seguida de una mano que se posa en mi hombro. Es un tipo muy guapo. Artificialmente guapo. Mandíbula férrea, afeitado perfecto. Se ha sacado la ceja y la lleva tan bien delineada que me da un poco de miedo. Viste una camisa muy ajustada, dos botones abiertos dejan ver su pecho ejercitado y bronceado. El tipo de vatos que no tendría ningún pedo en conseguir jale como galán de Televisa.

Hello, le respondo. Actually, you know what? I was about to leave. Doy un último trago. Dejo la cerveza a medias y salgo de ahí.

El tipo me observa con una especie de incredulidad mezclada con enojo. Gesticula algo. What the fuck, me parece. This was such a bad idea, no sé ni para qué salí del hotel.

Una vez afuera, miro hacia ambos lados de la avenida tratando de encontrar un taxi. Es una cosa que tengo: no importa si la calle es de un solo sentido, siempre miro derecha e izquierda. Si Natalie Portman hubiese hecho lo mismo en Londres, al principio de "Closer", se hubiera evitado un dramón al lado de Jude Law. Aunque, bueno, también se hubiera perdido del cuerpecito y la cara de Jude Law. You win some, you lose some.

No hay un taxi a la vista. Un chavo está recargado contra el local y me observa con curiosidad. Es castaño y lleva la barba cerrada. Me parece que tiene un atractivo discreto: calculo que es tan flaco como yo, usa gafas y da la impresión de no haber pasado una sola vez en su vida por un gimnasio. Trae un cigarro apagado entre los labios. Me dice que lo ha dejado. Ugh, so cheesy, pienso. No hace falta que diga nada, él lo hace por mí.

I know, right? It's fucking pretentious.

Me explica que lo ha visto tantas veces en películas, él mismo se da cuenta de que es un cliché, pero no perdía nada con intentarlo. Le digo que un café tal vez le ayude a llevar mejor su ansiedad. Supongo que mi acento me delata: se percata de que no soy de por allá y me pregunta si quiero tomar un café con él. Hay uno muy cerca, dice. Yo tengo mis reservas. Vuelvo a revisar la calle. Nada.

Leaving so soon? You're alone, right?

It's not my scene, really.

Y él por qué va solo, le pregunto.

Masturdating. I'm Connor. Entonces tira el cigarro en un contenedor junto a la puerta. Me ofrece la mano derecha, yo se la estrecho.

Name's Andrés, le digo.

Hey, Andrés, responde sin soltar mi mano. You have that coffee with me, I'll show you something cool.

No me da tiempo de responderle. Sospecho que lo hace con frecuencia, anticipar la respuesta de su interlocutor. Algo así como yo, cuando miro a ambos lados en calles de un solo sentido. Hábitos de los cuales no somos completamente conscientes. Connor me lleva hacia la acera de enfrente y me cubre los ojos con sus manos. Las siento frías pero el gesto es cálido. Íntimo. Entonces me da la media vuelta y cuando retira sus manos y al fin puedo ver, allí está, en medio de la

✓✓ noche de Calgary. La aurora boreal.

Nunca pensé realmente que fuera a verla, cuando salí de mi casa en Juárez. Es decir, ese siempre fue el plan de Demetrio pero yo nunca me detuve a pensar en el fin del viaje. El fin, para mí, era el viaje mismo. Pero ahora se ha materializado y está

ahí, en esas luces de tonos verdes y magentas que se suceden y atraviesan el cielo violáceo. No son destellos simplemente. Se mueven. Si las ondas sonoras fueran visibles, pienso, se verían algo como esto. I'm fucking speechless, le digo a Connor. Entonces toma mi mano, discreta y suavemente. Yo devuelvo el gesto con un ligero apretón.

Invasión de sentidos

Me detengo a pensar en lo que estoy sintiendo pero me supera.

La aurora me supera. No logro describirlo con exactitud: es una sensación de serenidad absoluta. Imagino que así se siente una vaca en medio de una carretera hindú; una hormiga en un monasterio tibetano. A salvo. Nada me puede tocar. Todo parece tan insignificante ante la magnitud de este espectáculo. Las fronteras, los prejuicios. El lenguaje, incluso, me parece insignificante. Insignificante y absurdo.

Lo único que tiene un sentido profundo es aquello imposible de describir. Un significado inefable.

It's the northern lights, me dice. Can't see them too often this far south.

Quizás esta sea mi noche de suerte, le digo y realmente lo creo.

I guess it's my lucky night.) ✓ ✓ ✓ ✓

Northern Lights es bilingüe, fronteriza, bisexual, gay, arriesgada, sincera, empática. Valenzuela se apodera de los mitos pop cinéfilos, musicales y literarios pero no se olvida nunca de la energía erótica que es el combustible que mueve este viaje que termina penetrándote y dejándote pasado a hombre, a literatura y a épica. *Northern Lights* es de esos viajes iniciáticos que no se olvidan. Tal como sucede en esta corta, magra, inspirada y romántica novela que destila testosterona y ternura, aquellos que cruzan la frontera en El Paso terminan siendo otros al llegar a Canadá para ver la aurora boreal.

Valenzuela se cuela en el auto y logra transformar al lector en un voyeurista privilegiado.

- Alberto Fuguet

